

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

SU MAJESTAD LA GASOLINA



COLECCION

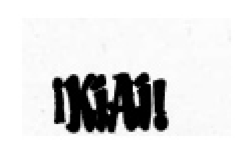
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

R A L P H B A R B Y

SU MAJESTAD LA GASOLINA (M. P. SAVAGE-8)

Colección ¡KIAI! n.° 29
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 20.623 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1977

Cubierta

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO- KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Sudaba, sí, un sudor frió le empapaba, y el cuello de la camisa le ahogaba. Se pasó un índice entre la camisa y el cuello para separarla y trató de sonreír, forzadamente.

Charles Bonastrada no se encontraba a gusto, eso era evidente; sin embargo, la climatización de la sala de consejos tenía una perfección de laboratorio, no variaba un grado en más ni en menos y la suave humedad no excedía del cincuenta por ciento, suficiente para mantener las mucosas húmedas y el aire estaba cuidadosamente filtrado. La M.M.M. Corporation podía permitirse esos lujos.

Pagaba millones al fisco y, además, mantenía una fundación científica y cultural que subvencionaba a los jóvenes cerebros destacados; pero, los millones que entregaba al fisco sólo era una ínfima parte de lo que debían ser, en justicia, pese a la deducción de impuestos por el capital que se invertía en la fundación supuestamente filantrópica y que lo que hacía eran dar prestigio y nombre a la M.M.M. Corporation.

Charles Bonastrada sabía muchas cosas de los hombres allí reunidos, aunque tampoco tantas como hubiera deseado. Hombres de trajes lujosos e impecables, zapatos de pieles escogidas, gemelos con diamantes y carísimos coches blindados aguardando en el parking del emporio de la M.M.M. Corporation.

La M.M.M. no era una factoría al uso, no fabricaba calcetines o camisones; era una financiera que tendía sus tentáculos hacia todo aquello que pudiera producir beneficios, compraba acciones y se adueñaba de las decisiones. Luego, las factorías de producción, grandes, medianas e incluso pequeñas, fabricaban lo que la M.M.M. ordenaba.

Charles Bonastrada se hallaba frente al consejo ejecutivo de administración de la financiera multinacional. Sabía bien que aquel consejo ejecutivo tenía el poder del consejo asesor, del que formaban parte militares, senadores, jueces e incluso ministros de los países donde la M.M.M. tenía hundidos sus tentáculos.

Charles Bonastrada estaba muy preocupado; nunca había sido un excelente jugador de póquer. No tenía cara de póquer como el inefable Buster Keaton de la pantalla; sin embargo, en aquellos momentos, su inquietud, su profundo nerviosismo, se ponía a flor de piel, más que nunca.

Veinticinco rostros inescrutables le observaban con fijeza, y tres de ellos, le preocupaban más que los otros. Eran Lewis Chadman, sentado a la izquierda del presidente; Toko Harikey, un japonés de cortas, pero hirsutas y pobladísimas cejas y rostro siempre inexpresivo, un hombre bajo, pero muy fornido, y luego, el propio presidente Mark M. Morton, que era quien estaba encarado con Charles Bonastrada en aquellos momentos.

—Te voy a hacer la última oferta de la M.M.M. Corporation: Diez millones de dólares. Hubo unos instantes de verdadera tensión. Bonastrada sudaba más, todavía, mientras mostraba sus dientes en una forzada sonrisa. Para aquellos hombres, pagar diez dólares más de salario a un empleado, de las empresas que controlaban, constituía un insulto, algo por lo que no iban a transigir; en cambio, dar diez millones de dólares para cerrar un negocio les parecía correcto.

Charles Bonastrada debía decidir, para ello le habían citado ante el consejo de administración.

—Mark, tú, tú sabes que empezamos juntos a hacer nuestros negocios...

Sudaba y se enjugaba la cara con un pañuelo; esperaba comprensión, aunque, de antemano, sabía que no la encontrarla.

—Charles, diez millones de dólares es música celestial... ¿Acaso no la oyes? Llamaré al cajero y te firmarán un talón. Si prefieres ese dinero en alguna otra moneda internacional, elige tú mismo, dólares, francos suizos, marcos... Por cierto, los marcos marchan muy bien, esos alemanes son muy listos.

—No, no, Mark, tú no lo entiendes... Siempre has sido más listo que yo, tengo que admitirlo; te metiste en asuntos del sindicato y lograste zafarte de ellos e independizarte, porque encontraste muchos apoyos. Fundaste tu M.M.M, Corporation que, en cierto modo, es una organización mañosa internacional.

—No pronuncies esa palabra, Charles; no hay Mafia aquí. Esto es una financiera que tiene sus libros perfectamente limpios y correctos.

—Yo no lo dudo, Mark, no dudo nada. No he venido aquí para otra cosa que oír y ya he oído.

— ¿Llamo al cajero? Va a ser el mejor negocio de tu vida; con diez millones de dólares puedes instalarte donde te dé la gana y vivir como un Playboy. Sé que te gustan las chicas y podrás permitirte el lujo de variarlas constantemente. Ya tienes algunos años, Charles; los que te quedan, disfrútalos. Diez millones de dólares dan para mucho a tu edad.

—Mark, está visto que no me entiendes. Siempre te has salido con la tuya; te diste cuenta pronto de que yo no volaría tan alto como tú y te fuiste por las autopistas mientras yo circulaba por carreteras de segundo orden.

—Nunca te dejé en la estacada. Los negocios quedaren perfectamente solventados entre los dos.

—Sí, sí, todo quedó bien y tú subiste como la espuma. Sabes que nunca me he cruzado

en tu camino, Mark, aunque tú, en muchas ocasiones, me has dado el pisotón en negocios que yo ya veía claros; pero tú ofrecías más «pasta» y cedían ante ti. Yo me encogía de hombros y me resignaba; ¿«Qué le vamos a hacer?», pensaba. Se trata del halcón de Mark.

— ¡Vamos, Charles, decídete! No es preciso recordar viejos tiempos, los negocios son los negocios. Como verás, hay mucha gente que espera tu decisión, norteamericanos, europeos, asiáticos y africanos.

—Mark, esta vez he cogido yo la vaca por las ubres; es lógico que sea yo quien quiera vender la leche, ahora.

—No te va a dar mucho y a nosotros nos perjudicará, te consta.

—Mark, Mark, siempre has sido jugador. Cuando se juega al póquer, y jugar a las finanzas es como jugar, a veces se pierde y hay que admitirlo así; ya ves que deseo jugar limpio.

—Y yo también, Charles. Te vamos a ofrecer un millón más, once en total, cuando, por diez veces menos del millón, cualquier sicario con ganas de cobrar un poco de «pasta» te llevaría fuera del juego, al infierno quizá.

—Mark, fuimos amigos y no voy a pedir nada por esa amistad, los negocios son los negocios como tú has dicho, pero no me gustan las amenazas. Creo que has cometido una torpeza amenazándome. He sido un pez pequeño a tu lado, alguien sin importancia para quien maneja tantos millones por todo el planeta como vosotros; pero también he hecho mi fortuna y sé protegerme. No soy ningún miserable, Mark, no incurras en un error que podría costarte caro. Cien mil dólares también los puedo pagar yo para que alguien se vaya al infierno y no quiero puntualizar más, Mark. Convéncete de que no soltaré mi vaca y si os perjudica en alguno de vuestros negocios, tenéis otros, no quedaréis arruinados. Sois fuertes, poderosos y muy astutos. Hacéis doblegar muchas cervices en infinidad de países y con vuestros millones corrompéis hasta las ratas que se ponen a pudrir de «pasta», como me pudriría yo si aceptara esos once millones que me ofrecéis. Sé que esos muchachos están en lo cierto y he decidido patrocinarlos, y no creas que todo depende de mí; no creas que esos jóvenes son idiotas, no, esos chicos me han impuesto condiciones. Tengo mi mitad y ellos la suya, al cincuenta por ciento. Ya ves que nada conseguiría aunque me vendiera.

— ¡Pero Charles, eres estúpido, más estúpido de lo que había creído! —exclamó Mark

M. Morton.

El japonés Toko Harikey, rompiendo el protocolo, pues tenía que seguir hablando el presidente, intervino con su voz grave y mesurada.

—Sólo queremos saber dónde están desarrollando su trabajo, dónde están en este momento. Sólo tiene que decimos eso y podrá tomar los once millones de dólares, señor Bonastrada. Su amigo el presidente Morton ha sido muy considerado con usted y usted no se da demasiada cuenta de ello.

— ¿Lo ves, Charles? Esos muchachos son demasiado obstinados. Creíamos que boicoteándolos allá donde quiera que fueran, incluyendo los medios de información que, de una forma u otra, controlamos, se aburrirían y terminarían desistiendo, eso ha sucedido millares de veces a lo largo de la historia, pero encontraron a un imbécil como tú que, por creerse grande y poderoso, va y los financia. Charles, esos chicos son peligrosos para la M.M.M. Corporation, porque, aunque tú reventaras, son tan tenaces que terminarían encontrando a otro cretino como tú, por eso te pedimos que nos digas dónde han montado su planta piloto de experimentación, sólo eso.

— ¿Sólo eso? —El sudor le caía a chorros—. Muertos ellos, disuelta mi sociedad con esos jóvenes cerebros que pretenden ahorrar a la humanidad entera millones de dólares.

—Si ellos se ponen a fabricar, algunas factorías cerrarán y muchos obreros se quedarán en la calle, sin trabajo.

—Abrirán otras factorías y tendrán empleo igualmente.

— ¡Basta, Charles! Te hemos dado una oportunidad para resarcirte opulentamente de tu inversión que, hasta hoy, no habrá superado el millón de dólares; en cambio, te ofrecemos once, once —silabeó.

—Muy generosa, muy generosa, pero me quedo con mi negocio, salga bien o salga mal. A todos nos llega el momento de coger a la vaca por las ubres. ¡Buenos días, señores!

Nadie se movió de donde estaba, nadie pareció alterar sus músculos faciales, ni siquiera Mark M. Morton, y ello preocupó todavía más al obeso y sudoroso Charles Bonastrada, que abandonó la sala de conferencias sin que nadie se lo impidiera.

Cruzó por delante de una secretaria que manejaba un dictáfono y se dirigió al vestíbulo donde se hallaba el ascensor.

«No te atreverás a hacerme nada. Mark, no te atreverás —se dijo sin dejar de sudar, irritada ya su piel, enrojecido su cuello, como si le hubieran frotado con hojas de ortiga—. Esta vez he ganado yo, esta vez he ganado yo...»

— ¿Adónde, señor?

—Al parking tres —respondió, sin mirar al ascensorista.

La cabina descendió con supervelocidad. Unos metros antes de alcanzar el parking tres, disminuyó la velocidad e hizo el final del

descenso como si la maquinaria tomara cautela y, al fin, quedó detenida,

—Parking tres, señor.

Salió y la puerta metálica se cerró. El ascensor subió de nuevo.

Descubrió a dos hombres bien trajeados situados junto a unas columnas; fumaban y le observaban sin aparente nerviosismo, seguros de sí mismos y de lo que debían hacer.

Charles Bonastrada no llevaba armas, sabía que con un revólver encima jamás habría llegado hasta la sala del consejo de administración. Los controles invisibles al visitante eran muy sensibles y superiores a los que podían adoptarse en cualquier aeropuerto internacional conflictivo.

Como los hombres que allí estaban no le atacaron, aunque sí se despegaron de sus puestos de vigilancia para seguirle, Charles Bonastrada continuó caminando hacia su coche.

«No se atreverá, no se atreverá... Yo también tengo poder y él lo sabe; además, me esperan...»

No tardó en ver a los hombres que le aguardaban, su chófer y dos guardaespaldas: Los tres estaban con las manos atadas a la espalda y una cuerda para cada uno les sujetaba a una viga de la techumbre del parking, cogiendo las propias manos.

— ¿Qué es esto? —rugió, al verlos atados a la viga del techo. Los pies de los hombres tocaban el suelo apenas lo justo.

— ¡Bonastrada, nos han sorprendido, llevan metralletas! —advirtió el chófer.

Además de los dos que le habían seguido, aparecieron tres sujetos. Uno de ellos vestía con una corrección exquisita, sombrero incluido, pese a hacer calor.

Lucía una sonrisa suave. Era alto y delgado de aspecto, pero fornido. Sus rasgos resultaban orientales, mas no lo eran totalmente. Debía ser un joven coreano mestizo, fruto de las aventuras de los soldados yanquis en Corea, pagadas o a la fuerza.

La mezcla de las dos razas había salido bien, físicamente. Se quitó el sombrero y la chaqueta y, pese a su juventud, apareció un cráneo totalmente limpio de pelo y brillante en su desnudez capilar.

Debía utilizar algún acicate para embadurnárselo. Inclinó reverente su cabeza ante

Charles Bonastrada, en un trato deferente que el italo-norteamericano no supo apreciar.

El mestizo de coreano, sin dejar de sonreír, aunque a Bonastrada le pareció que sólo era una mueca de su boca y no una expresión mental, dijo:

—Me llamo Chiong Lee. Es un placer para mí conocerle, señor Bonastrada.

—Vamos, chino, déjate de patochadas y suelta a mis hombres.

—No soy chino, señor Bonastrada, es un error por su parte. Soy ciudadano norteamericano, como usted.

—Tú eres chino y todos los chinos sois iguales.

—Es lamentable su insistencia por mantenerse en un error de opinión, señor Bonastrada, y presiento que empeñarse en el error es algo consustancial en usted. Si me lo permite, le haré una pequeña demostración de mis habilidades.

Charles Bonastrada no comprendía al mestizo oriental, sólo entendía que sus hombres estaban atados, colgando de la viga del techo; que él sudaba copiosamente y que ansiaba marcharse cuanto antes de la M.M.M. Corporation.

Chiong Lee saltó de pronto con una gran flexibilidad y habilidad; fue rápido, muy rápido...

— ¡Kiaiii!

Ante el grito de ataque, Charles Bonastrada sufrió un estremecimiento.

Chiong Lee, tras atacar a uno de los guardaespaldas atados, cayó al suelo sin perder la compostura, recuperando la verticalidad con elegancia. El guardaespaldas había recibido un *tobigeri* seco y mortífero a la altura del corazón y se balanceaba al extremo de la cuerda. Había doblado las rodillas y su cabeza pendía como un pingajo.

— ¿Qué le ha hecho? —preguntó Charles Bonastrada atónito, mirándolo sin querer comprender, esperando que otro le confirmara lo que sospechaba.

—Enviarle al paraíso de sus sueños o lo que es lo mismo, al imperio de las sombras. Un simple puntapié sobre el corazón es suficiente para matar a un hombre, señor Bonastrada. ¿No había oído usted hablar del *Tae Kwon Do* coreano?

Charles Bonastrada tragó saliva y sus intestinos comenzaron a emitir extraños ruidos, como si tuviera hambre, y él sintió que lo que necesitaba era sentarse en un retrete.

Chiong Lee miró al segundo hombre sujeto a la viga del techo. Este le devolvió la mirada, inquieto, y luego clavó sus asustados ojos en Bonastrada, como pidiéndole ayuda,

—¡Kiaiii!

Chiong Lee actuó por segunda vez...

Resultaba diabólicamente prodigiosa su velocidad, la limpieza de sus impactos.

Un *uraken* alcanzó en mitad de la frente a su víctima. El puño cerrado golpeó secamente por encima del entrecejo y no era el vulgar puñetazo de un boxeador, era más que eso, puesto que con su puño, Chiong Lee podía partir una docena de ladrillos colocados uno sobre

otro, al mismo tiempo.

Justo en el momento de impactar su puño, se escuchó un chasquido sobrecogedor... El cráneo de aquel hombre, utilizado como víctima de muestra, se había partido.

Quedó con los ojos abiertos que se le fueron vidriando rápidamente.

Charles Bonastrada retrocedió un paso, asustado, al ver a su segundo hombre doblado también hacia delante, pendiendo de la cuerda que colgaba de la viga.

— ¡Bonastrada, sálveme, sálveme, no deje que ese chino me mate, no le deje! —suplicó el chófer, acobardado hasta el tuétano.

— ¿Lo va a matar?

—Soltadle —pidió Chiong Lee.

Uno de los presentes sacó un afilado *aikuchi* de acero brillante y afilado. Con aquel cuchillo de doble filo, cortó la cuerda que sujetaba al chófer al techo.

— ¿Sabe usted lo que es un *ippon-ken*, señor Bonastrada?

— ¿Un *ippon* qué...? No, no sé chino.

— ¡Qué imperdonable error, por su parte, insistir en esa confusión! No soy chino, señor Bonastrada, mi madre era coreana y mi padre... —Sonrió—. ¡Kiai!

Chiong Lee cerró su puño derecho, haciendo sobresalir el nudillo de su dedo medio. Con aquel nudillo, golpeó la sien del chófer que ya se creía libre y, como ternero que acabara de recibir el mazazo de muerte en el matadero, cayó espectacularmente al suelo para no levantarse ya más por sus propios medios.

—Una pena, señor Bonastrada... Sus amigos han resistido muy poco; claro que, ahora, cuando se los lleve, no le mancharán el tapizado del coche con su sangre, han tenido una muerte muy limpia. —Se volvió hacia quienes le acompañaban y ordenó—: Cargadlos en el automóvil del señor Bonastrada. Son sus hombres, es lógico que se los lleve. No íbamos a quedárnoslos nosotros.

Charles Bonastrada sentía que las palabras no le salían por la boca. Quería protestar, gritar, acusar, mas sólo sudaba. Nunca había sudado tanto en su vida como aquel aciago día en el M.M.M. Corporation Building.

Cargaron los tres cadáveres en el «Lincoln Continental» de su propiedad y el ciudadano norteamericano, con mezcla de sangre, que se había colocado de nuevo su chaqueta y el sombrero, le entregó las llaves del coche.

—Son suyas, señor Bonastrada. Me han encomendado que le haga saber que tiene usted una semana para tomar una decisión —sonrió ahora más abiertamente, escrutándole con sus ojos orientalizados—. Una decisión que, por supuesto, sea favorable para la

M.M.M. Corporation.

Charles Bonastrada, sentado ante el volante de su «Lincoln», le dio varias veces al contacto para ponerlo en marcha. Llevaba dos cadáveres en el portaequipajes y el tercero, tendido bajo el asiento posterior.

Charles Bonastrada ansiaba alejarse cuanto antes de allí y al hacerlo, raspó con su lujoso y caro «Lincoln» azul oscuro varias de las columnas del parking subterráneo. Al fin, con la plancha rascada y abollada, logró salir a la calle, partiendo a toda velocidad.

Castañeteándole los dientes, pues su cupo de valentía se había terminado, se dijo:

«No corras, Charles, no corras, que te parará la policía y va a ser difícil poder explicarse.»

CAPÍTULO II

—Está en los jardines —dijo la enfermera. Observó la flor de pensamiento que el hombre llevaba en su mano, le miró luego al rostro y quedó como subyugada frente a él.

—Gracias.

—De nada. ¿Va a venir usted con frecuencia?

—No lo sé ¿Podría dejar esta flor en la habitación del enfermo?

—Sí, claro que sí —asintió ella, tomando el pensamiento que Moses Pacific Savage había llevado hasta el hospital psiquiátrico dependiente del Ministerio de Defensa.

La enfermera le vio alejarse hacia los jardines del centro psiquiátrico para militares. Admiró su elevada estatura, la amplitud de sus hombros y la estrechez de caderas, el cabello lacio, negro, abundante y peinado, con algo de descuido, al modo oriental.

Moses Pacific Savage tenía una elegancia natural. Caminaba y apenas se notaba que lo hacía. Poseía una elasticidad más propia de un lince, una elasticidad que a los ojos femeninos resultaba fascinantemente sensual; sin embargo, Moses Pacific Savage no hacía nada ex profeso para provocar una imagen falsa de sí mismo.

Era un budoka nato y educado como tal, por tanto no sólo era un budoka técnico y habilidoso, sino un budoka mental, lo que significaba muchísimo más. Cada movimiento de sus pies, piernas, manos, brazos, cuerpo o cabeza, era producto de un control subconsciente que le mantenía preparado para poder saltar en cualquier momento, suavizar una caída o un atropello.

Muchos seres humanos, al menor empujón, caen al suelo casi estúpidamente porque se desplaza el centro de gravedad de su cuerpo o, simplemente, los pies son incapaces de sostener al cuerpo que pierde el equilibrio. En cambio, otros millones de seres se autoequilibran con mayor rapidez y no se les hace caer fácilmente, lo mismo que un gato lanzado al aire termina por caer siempre sobre sus cuatro patas.

Savage no tardó en ver al paciente que deseaba visitar. Permanecía sentado en una silla de ruedas, tenía el cabello prematuramente blanco y los ojos cerrados. Toda su actitud y posición era de adormilamiento.

Junto a él, sentada en una silla, una enfermera ya madura, leía una revista y cuidaba de que le fuera dando el sol al enfermo recluido.

— ¡Buenos días! —saludó Savage—. ¿Cómo se encuentra el

paciente?

— ¡Hola! —La mujer se quedó mirando fijamente el rostro agradable y franco, de ojos verdes, orientalizado en sus rasgos—. Usted será el que llaman Savage, ¿verdad?

—Sí, soy Moses P. Savage; Savage para todos.

— ¿Es cierto lo que cuentan respecto a que nació en un lanchón neumático de las Air Forcé en medio del océano?

—Sí.

— ¿Y qué no se sabe quién fue su madre?

—Ni mi madre ni mi padre. El secreto de mi nacimiento está encerrado en esta mente.

—Señaló la cabeza del enfermo psicopático que se hallaba acomodado en la silla de ruedas—. Si él no lo dice, jamás sabré en qué vientre fui concebido. Ignoro qué sangre corre por mis venas y lo cierto es que eso no me importa tanto como a otras personas. Soy un hombre del planeta Tierra y eso es lo que cuenta, hermano y compatriota de todos los demás seres humanos que lo pueblan.

—Muy bonito, pero ¿no sería mejor saber si su madre era japonesa o norteamericana, lo mismo que su padre?

—Me daría igual.

—Entonces, ¿por qué en sus visitas le trae una flor de pensamiento al enfermero que le ayudó a nacer? Me lo han contado.

—Es mi recuerdo para él y si él recuerda a su vez, podré enviar un saludo, aunque sea mental, a mis progenitores.

—Dicen que su vida de niño en Okinawa fue difícil.

—Sí, y aprendí más y mejor a ser hombre de mis *senseis* orientales que de mis maestros norteamericanos.

— ¿Insinúa que los orientales son mejores que nosotros los occidentales?

—No, no quiero decir eso, ninguna raza es superior a otra; simplemente, el hombre occidental se ha olvidado un poco de sí mismo y de su prójimo, es decir, del humanismo. La tecnología, la industria, y si me apura, hasta el consumo, son buenos, pero el hombre occidental se ha pasado por exceso, cada vez es menos humano y más insecto-robot. En fin, estaría hablando mucho raro sobre este tema. ¿Cómo va el enfermo?

—Mal. Hace meses cerró los ojos y no los ha vuelto a abrir. Lleva una vida casi vegetal y aún hay suerte de que, poniéndole los alimentos en la boca, masca de forma mecánica y traga. Eso le hace durar más porque no hay que emplear sondas de alimentación, lo cual sería más problemático.

—El sol y la sed afectaron profundamente su cerebro. Debió creer que iba a morir en la soledad del océano y se aterrorizó. El me protegió como pudo hasta que fuimos encontrados. Yo era un bebé de

días y él me salvó, aun a costa suya, le debo gratitud eterna. —Suspiró ligeramente y dijo—: Veamos si conseguimos que abra los ojos.

—Imposible, los doctores lo han probado todo. Cerró los ojos y ya no los abre, a este paso cerrará la boca y tampoco la abrirá, como ya no mueve brazos ni piernas, pobre hombre.

M. P. Savage se acuclilló frente al enfermo, ante la silla de ruedas. Le subió las perneras del pijama y también las mangas.

— ¡Eh!, ¿qué va a hacer?

—Intentar ayudarle un poco.

— ¿Cómo?

Sacó una cajita de plástico, aplastada. Al abrirla, quedaron al descubierto unas agujas que no gustaron a la enfermera.

—No le va a pinchar, ¿verdad?

—No tema, no le haré daño.

— ¡Usted no es médico! —protestó la mujer poniéndose en pie y dejando a un lado la revista que estaba leyendo antes de que llegara Savage.

—Es cierto, no soy médico, sólo un periodista, un reportero free-lance que, según dicen, provoca muchos escándalos, aunque mejor sería decir que descubro muchos escándalos que ofrezco a la opinión pública para que los conozca y actúe en consecuencia, defendiéndose contra los protagonistas de ese affaire que se denuncia.

— ¿Y esas agujas? —preguntó, casi asustada, al ver como M. P. Savage tomaba una de las finísimas agujas, buscaba un punto junto al tobillo derecho y la clavaba.

Después la giró de un lado a otro, como para asegurarse de que la dejaba clavada un par de milímetros en el lugar adecuado. Hizo lo mismo en el otro tobillo

—Es acupuntura.

— ¿Acupuntura? ¡Curanderismo oriental, déjelo, déjelo!

—Por favor, déjeme en paz, sólo estoy probando.

—Está en una clínica psiquiátrica y al enfermo lo llevan los doctores, usted no tiene derecho, no lo tiene. ¡Debería estar encerrado!

—No se ponga nerviosa. ¿Quiere que le haga una sesión de dígito puntura? En eso sí soy un verdadero especialista...

— ¿Dígito puntura? ¿Qué quiere decir, que pondría sus dedos sobre mí?

—Eso es y la masajearía de tal forma que...

— ¡Doctor, doctor! —se alejó corriendo y gritando, en busca de ayuda ante lo que ella creía una salvajada.

Cuando llegó el médico jefe y tres ayudantes, el enfermo ya tenía las agujas de acupuntura clavadas junto a las muñecas, detrás de las orejas y en las comisuras de los párpados. Las agujas casi colgaban,

hundidas sus puntas en la piel humana.

—Hola, Savage! Veo que hemos llegado tarde —observó el galeno.

—Déjeme unos minutos, ya que más da quitárselas un poco antes que un poco después.

—Es cierto. —Miró a la enfermera y pidió—: Traiga algodón y alcohol para desinfectar, luego, los puntos.

—Pero, doctor, ¿le va a permitir...? —casi tartamudeó _a mujer.

—Ya nada se puede hacer.

— ¿Cree usted en la acupuntura, doctor? —preguntó Savage, mientras era observado por los médicos y la enfermera.

—Sé perfectamente que la acupuntura no es la panacea que aseguran muchos que quieren llenarse los bolsillos de dólares con los enfermos crónicos, para los cuales la ciencia médica no encuentra solución; pero también admito su poder anestésico.

—Evidentemente no es una panacea, pero le aseguro que es más efectiva que una simple anestesia; claro que la acupuntura, al mismo tiempo que la quimioterapia, logra mejores resultados.

— ¡Es un charlatán, doctor! —aseguró la enfermera, con vehemencia.

M. P. Savage, transcurrido el tiempo que juzgó conveniente, quitó las finísimas agujas de acero inoxidable al enfermo. Como éste continuaba igual que antes, el médico le preguntó:

— ¿Qué esperaba conseguir de él?

—No demasiado, sólo que no se degrade. Que si mantiene algún poder sobre su cuerpo, lo conserve.

—Pues está igual que antes —apuntilló la enfermera, con una sonrisa triunfal.

—Igual que antes, no, ya está abriendo los ojos. Retirémoslo hacia la sombra, el sol podría herir, ahora, sus retinas.

Ante el asombro de los médicos y la enfermera, el paciente abrió los párpados. Encontró el rostro de Savage ante sí y como si le hubiera reconocido, recordando quizá sus visitas anteriores, esbozó una tenue, pero significativa sonrisa.

— ¡Ha abierto los ojos, no es posible, los ha abierto!

—exclamó la enfermera, en tono tan alto, que llamó la atención de otras compañeras que trataron de ver lo que estaba ocurriendo.

El médico jefe se rascó por debajo de la oreja.

—Oiga, Savage, ¿podría conseguir más? Tenemos aquí unos cuantos recluidos que...

—No, doctor, no soy médico; además, he admitido que la acupuntura no es una panacea y tampoco se trata de milagros, sólo que yo era consciente de que él podía abrir los ojos. Si los había cerrado, debía hacer converger su energía vital en los puntos

adecuados. Qué más quisiera yo que poder sacarlo del pozo mental en que se halla, pero ésa es tarea de ustedes.

—Nosotros no lo hemos conseguido pese a estar años y años tratándolo.

—Quizá no lo logren con este enfermo, pero si siguen investigando, lo conseguirán con otros. La ciencia avanza constantemente.

—Es usted muy benévolo con nosotros.

M. P. Savage abandonó la clínica psiquiátrica para militares donde muchos de los recluidos habían quedado obsesionados para siempre en el horror de la guerra y veían caer sobre ellos bombas e infernales lenguas de fuego.

Se colocó ante el volante de su «Daymio», el poderoso automóvil de seis ruedas y tres ejes independientes, con suspensión hidroneumática que levantaba todo el cuerpo del coche tres pies por encima del suelo, permitiéndole salvar obstáculos como piedras, baches o barrizales. Asimismo, podía elevar sólo la parte posterior o anterior del coche independientemente, para mantener su centro de gravedad al descender por escalinatas o montañas con un grado de pendiente que ningún automóvil de serie podría salvar, sin dar vueltas de campana.

Con aquel coche singular, fabricado en Liberty Garden por manos artesanas, un coche que no había salido de ninguna cadena de montaje, sino de las manos de chicos y chicas que querían hacer algo perfecto, superior a lo conocido, con siete litros de cubicaje que le conferían una fuerza extraordinaria, Savage rebasaba fácilmente a los demás coches que rodaban por la autopista 405 que conducía a Los Ángeles; mas si algún conductor se ponía terco y quería pasarle a él con un automóvil deportivo que sus buenos dólares le habría costado, Moses Pacific Savage deceleraba y le dejaba pasar, evitando cualquier estúpido accidente que, de llegar a producirse, por el excepcional blindaje y la protección del

«Daymio», él se llevaría la mejor parte. No tenía prisa.

Pulsó el botón de la cassette y escuchó música, exactamente la Sinfonía del Nuevo

Mundo, de Antonin Dvorak. Así, arribó a la ciudad cuando la noche ya estaba cerrada.

Circuló por el asfalto de la macrópolis que miraba al océano Pacífico y, al fin, arribó a Playa del Rey, el área donde tenía rentado un bungalow más bien pequeño pero confortable, rodeado de hierba y tranquilidad.

Aquélla era una área hostelera y no residencial permanentemente, entre otras cosas, por sus elevados precios, aunque los servicios que ofrecía eran de calidad.

Detuvo el gran «Daymio» frente al bungalow y descendió de él estirando las piernas tras la prolongada conducción. Hizo unos movimientos de relajación y pasó al interior del bungalow.

Se desnudó, se metió en la ducha y salió de ella lavado. Se colocó el bañador morado y después, un batín de toalla del mismo color en el que estaba bordada la flor del pensamiento en dorado, a la espalda.

Calzado con las getas[1], se dirigió hacia la piscina a la que tenía derecho por el pago de permanencia en el bungalow.

La gran piscina, de aguas limpísimas y azuladas, más por el enlosado del fondo que por

la propia agua, estaba iluminada por potentes y altos focos con una claridad casi diurna. En aquellos momentos, no había nadie bañándose.

Dejó el batín sobre una de las hamacas y se dirigió al trampolín. Subió a él, hizo vibrar la tabla y saltó. Se enroscó sobre sí mismo, se distendió, después, y se clavó materialmente en el agua, apenas sin causar salpicaduras.

Nadó por debajo y le agradó sentirse aprisionado por la frialdad del agua. Al fin, notando que necesitaba salir a la superficie, se alzó cogiéndose al borde con las manos. Al sacar la cabeza buscando aire, unos labios femeninos, hermosos, algo grandes pero pletóricos de vida y sensualidad, se acoplaron a los suyos.

Por supuesto, no era la primera ni la centésima vez que Moses Pacific Savage besaba a una mujer, mas en aquella ocasión no dejó de sorprenderle, pues le habían pillado de improviso y cuando se disponía a llenar sus pulmones de aire tras la inmersión.

Se cogió a la muchacha, acoplando una de sus manos a la nuca femenina.

Quien se quedó sin aire en los pulmones fue la chica que le había besado, pues Savage le succionó el aire que él necesitaba. La joven se olvidó entonces de su apasionamiento para recuperar el aire vital, mas no lo consiguió porque el hombre no la soltó. Entonces ella, queriendo apartarse de él, fue a caer al agua donde se zambulleron juntos, abrazados.

CAPÍTULO III

Las pupilas de Moses P. Savage le parecieron a la joven dos grandes y refulgentes esmeraldas que se paseaban por su largo, suave y ondulado cuerpo.

Ella se había tendido en la hamaca, bajo un foco combinando luz ultravioleta, infrarrojos y un ahuyentador de insectos.

Le gustaba que aquel hombre la mirara y deseaba que él se sintiera atraído por su cuerpo joven, terso y elástico.

Savage sonrió ligeramente. Se daba cuenta de que la muchacha se movía sensualmente, para atraerlo. Era muy hermosa y vestía un microbikini que recordaba una piel de leopardo. Su cabello rubio claro, muy claro, se adivinaba natural. Sus ojos eran de un azul intenso con una pincelada de rojo, lo que en ciertos momentos los aliviaba.

La boca y los pechos llenos, muy grandes, quizá más de lo que debía corresponder en proporción al resto de su cuerpo, eran lo más sensual de toda ella, aunque si ofrecía a la vista su espalda, tanto donde comenzaba como donde terminaba, resultaba de lo más atrayente. Demasiado sensual para ser modelo y con una expresión demasiado inteligente en su rostro para ser una Miss al uso...

— ¿Quién eres?

—Gina.

— ¿Italiana?

—No, pero...

—Ya, tus padres.

— ¿Qué importa eso? Soy Gina y mis padres, que sean lo que ellos quieran ser o dejar de ser.

— ¿Una chica que busca libertad?

Ella sonrió arqueando sus labios. Movió su cuerpo buscando una posición más cómoda, de costado, aunque lo que hacía era oscilar sensualmente su exquisita anatomía.

—Te buscaba a ti.

— ¿Sabes quién soy?

—Savage.

—Entonces, sí me has encontrado.

—Yo no voy besando a los hombres porque sí.

—Por el beso que he recibido, yo juraría que no he sido el primero en gozar del placer de tu boca.

—Es cierto, no has sido el primero, pero sí el primero que me ha

dejado los pulmones chupados, sin aire.

—No podía hacer otra cosa, me has pillado en un momento difícil.

—Si llego a esperar, no hubiera sido sorpresa.

—Has saltado sobre mí como una pantera. ¿Te hospedas en algún bungalow?

—No.

— ¿Sólo de paso?

—He dado una propina al portero para que me dejara pasar; no he tenido problemas.

— ¿Y tu ropa?

—En mi coche.

—Gina, eres una chica decidida. ¿Por qué me buscabas?

—Me dijeron que eras un tipo muy guapo y me mostraron una foto tuya. La verdad, al natural ganas mucho.

— ¿Sólo te han contado eso de mí?

—Me han contado más cosas, pero aunque no soy ninguna niña, pese a que tengo menos años de los que puedas pensar, poseo cierto pudor.

—Nadie lo diría.

— ¿Por qué?

—Vamos, Gina, sabes sobradamente que no soy ningún ingenuo. —Se puso el batín—. En el bungalow me contarás mejor el meollo del asunto.

Se inclinó sobre ella y la cogió entre sus brazos. En principio, Gina quedó un tanto perpleja, pero dejó que los brazos fuertes y nervudos del budoka la izaran. Se doblaron las rodillas y la mitad inferior de las piernas y sus pies pendieron sin tensión, lo mismo que el cabello.

La mujer, mostrando sus dientes blancos, perfectos, entre los labios carnosos y vivos de color, preguntó:

—Te gusta demostrar que eres fuerte, ¿verdad?

—Las chicas como tú desean que el macho las impresione. ¿Digo macho, varón u hombre?

—Di lo que prefieras, en el fondo es lo mismo.

—Y en la forma.

Echó a andar llevándose consigo a la atractiva muchacha, muy puesta en su papel femenino.

Demostrando que no era fácil que se cansara, llegó con ella hasta el bungalow. Antes de abrir la puerta, preguntó:

— ¿Cuál es tu coche?

—Aquel «Datsun» coupé. —Señaló un auto pintado en rojo y blanco, muy llamativo—.

¿Y ese coche tan grande es el tuyo?

—Sí.

—Seis ruedas. —Silbó admirativa—. ¿Qué marca es?

—«Daymio».

— ¿Japonés, también?

—El nombre es japonés, el coche no. Es un modelo prototipo; en realidad, de «Daymio» sólo existe ése.

—Vaya, debes ser muy rico para permitirte el flujo de tener un coche único.

—Dinero no tengo, amigos sí, y lo han hecho ellos con sus manos. Ahora, adentro.

Por debajo de la espalda femenina manejó el llavín y abrió la puerta, pasando al interior del bungalow. Cerró con el talón, se acercó al sofá y la depositó en él con suavidad, como si fuera algo que pudiera romperse fácilmente.

Savage se volvió de espaldas y, sin quitarse el batín, se despojó del bañador mojado. Pasó al cuarto de aseo, lanzándolo al interior de un cubo.

— ¿Tienes un batín para mí? —preguntó Gina.

— ¿Has cogido frío?

—No, pero si conservo la ropa húmeda encima...

—Con lo pequeñito que es tu bikini no creo que te resfríes, pero si pasas al dormitorio encontrarás algún pijama mío.

—Ahora vuelvo.

Ella fue al dormitorio sin preocuparse de cerrar la puerta,

Savage se enfrentó con la minicocina para apuros que tenía el bungalow, y preparó unas tostadas con mantequilla, bacon y unos vasos con whisky y yema de huevo.

—Huele muy bien aquí —dijo ella, regresando al saloncito.

Savage la miró. La chica sólo Se había puesto la chaqueta del pijama de color amarillo pálido.

— ¿Has olvidado los pantalones?

—No hacían falta, la chaqueta es suficientemente larga. ¿No crees? Miró el final de la chaqueta y sonrió.

—Si a ti te parece bien, bien está. ¡Anda, comamos un poco!, por lo menos yo tengo apetito.

Ella se sentó sobre uno de los taburetes que había ante la pequeña barra de bar que tenía el salón y que utilizaban como mostrador para comer, al igual que pudiera hacerse en un snack-bar.

—Sabes cuidarte, Savage.

— ¿A qué hora te esperan?

— ¿Quién?

—No sé, alguien; supongo que no eres una mariposa solitaria.

—No me espera nadie, esta noche por lo menos. —Miró el sofá y opinó—: Ahí se puede dormir.

—También se puede dormir en la cama —respondió Savage, antes de tomar un sorbo del medio vaso de leche que simultaneaba con el whisky con yema de huevo.

—Sí, claro, en la cama también se puede dormir, pero...

— ¿Qué?

— ¿y tú?

— ¿yo?

—Sí, tú.

— ¿Te molesta la compañía?

—Todavía no lo sé.

— ¿Sería, la primera vea?

— ¿Te parecería imposible?

—La verdad —observó, dubitativo—, por la forma en que besas y mueves tu cuerpo...

—Soy coqueta de nacimiento, no puedo remediar atraer a los hombres. ¿Es ser una zorra, gustarme que los hombres me miren?

—Hasta cierto punto, no, y muchísimo menos si no cobras por ello.

— ¿Piensas que hacer el amor por pura atracción, convierte a una chica en una zorra?

—Una zorra es la que hace el amor por algo material, un puñado de dólares, unas joyas, un apartamento, un contrato en el mundo del espectáculo, para salir de un aprieto, el que sea...

—Ya, siempre a cambio de algo.

—Eso es. Lo más bonito es amar, pero en conjunto.

— ¿Conjunto de qué?

—De todo el cuerpo, desde las uñas de los pies a las raíces del cabello, pero unido al espíritu, al alma. Hacer el amor bien, hasta las últimas consecuencias, es entregarse al ser amado y que éste se entregue por completo, De esta forma, ambos llegan a la culminación total.

—Si es como dices, debe ser lo más maravilloso del mundo.

—Algo de eso hay.

— ¿Y luego?

—Mira, Gina, tú no has venido a mi bungalow para que te haga una conferencia sobre sexología. Lo cierto es que unos simples movimientos de tu cuerpo, sin decir una palabra, serían, en sí mismos, toda una lección de sexo, de modo que desembucha todo lo que tengas que decirme.

— ¿Vas siempre tan al grano?

—Es para aprovechar mientras cenamos; luego, a lo mejor estamos ocupados para según qué temas.

—O. K., Savage.

Gina apuró hasta las heces del vaso de whisky con yema de

huevos de gaviota que él le había preparado. Sintió que la garganta le escocía, pero que, al propio tiempo, se le suavizaba y también el cuerpo y las piernas.

— ¿Conoces la financiera M.M.M. Corporation?

— ¿Quién no conoce a la M.M.M. Corporation? Posee acciones masivas en compañías de fabricación de automóviles, camiones, maquinaria pesada; en empresas petrolíferas, controla varias multinacionales… Creo que su consejo ejecutivo de administración está compuesto por orientales, árabes, norteamericanos, alemanes… Tiene un poder que muchos consideran casi ilimitado. Hay naciones en el planeta que no alcanzan el poder que controla la M.M.M., maneja, incluso, a jefes de Estado a su antojo y hasta se dice, y esto son rumores, pues haría falta comprobarlo, que está mimada por la CIA. Si la M.M.M. Corporation tiene tropiezos en algún país, los muchachos de la CIA tratarán de solventarlos. La M.M.M., además del dinero que paga al fisco en concepto de impuestos, realiza aportaciones para las operaciones especiales de la CIA, aunque esto último no está demostrado.

—Sí, ésa es la M.M.M. Corporation, estamos hablando de la misma financiera.

— ¿Acaso hay otra que se llame así?

—No, no hay otra, pero prefería que un reportero free-lance como tú supiera de qué iba.

— ¿Vas a proponerme la venta de algún sucio affaire de la M.M.M?

—Verás, la financiera, para evitar un descalabro en varias de sus factorías, descalabro que no sólo afectaría a ella sino a otras financieras y factorías industriales del mundo, está dispuesta a todo.

—Normal. ¿Y qué podría causar un descalabro a la omnipotente M.M.M. Corporation?

—preguntó escéptico, pues conocía el poder y los tentáculos de la M.M.M.

—Hay un hombre que está financiando una planta piloto. No entiendo bien de qué se trata, es un invento revolucionario y, por lo visto, si llega a cuajar y parece que hay muchas posibilidades de que así sea, la M.M.M. Corporation va a perder miles de millones de dólares y no sólo ella, sino otras financieras y factorías como ya te he dicho.

—Y el invento que no quieren que llegue a ser alumbrado, ¿de qué se trata?

—Lo ignoro, es un secreto total, pero es algo revolucionario y la M.M.M. pretende abortarlo a toda costa.

—En el mundo industrial ocurre, muchas veces, que aparece un invento interesante que puede ahorrar muchos dólares a los

consumidores de todo el mundo; mas, para continuar lucrándose, se coge el invento en cuestión y se le entierra, Al consumidor hay que exprimirlo, estrujarlo como sea. Se le vende un aparato cualquiera a un precio relativamente módico, pero después se le cobran las reparaciones a precios que son un verdadero robo. Es la forma que tienen muchas empresas de lucrarse con máquinas de escribir, lavadoras, televisores, etcétera, etcétera. En ocasiones, las fábricas se encuentran con varios inventos al mismo tiempo que mejorarían, por ejemplo, una lavadora, En lugar de introducir todas las mejoras en el modelo que se lanza al mercado, se le pone una sola de esas mejoras y, al año siguiente, con mucha publicidad, se pone a la venta otro modelo con dos inventos... De esta forma fastidian al que ha comprado el modelo del año anterior y así sucesivamente, cuando el modelo óptimo podría estar lanzado desde el principio. También se fabrica un producto de excelente calidad, un producto caro, pero con algún punto débil y bien controlado, aunque no se diga, que hace que el artículo vendido, un televisor, un radiocassette de alta fidelidad, lo que sea, se estropee, y la reparación termina siendo tan cara que el usuario prefiere tirarlo y comprar otro nuevo, como ocurre con los automóviles. ¿Piensas que no podrían fabricar coches muy duraderos, como los «Mercedes», por ejemplo? Ya lo creo que podrían hacerlos, pero prefieren que tengan puntos débiles para que envejezcan pronto y se conviertan en chatarra. Así, las cadenas de producción siguen vomitando más y más cacharros de flamante aspecto.

—Veo que te molesta la sociedad de consumo.

—No es el consumidor, sino los que fomentan esta sociedad de baratijas con pretensiones de calidad y que se lucran a costa del trabajo ajeno. Mediante el bombardeo masivo de publicidad crean la ansiedad por comprar, comprar, comprar... No son objetos y productos confortables y necesarios lo que venden, sino muebles que se desmontan, muebles que no les puedes poner ni un tornillo porque son de pasta de serrín, apartamentos sin calidad, coches que fallan o que cuesta una fortuna mantenerlos a punto y así tantas cosas, que da asco. Las financieras sólo patrocinan lo que les interesa a ellas como negocio, y no lo que la sociedad necesita realmente. Si supieras la de inventores que hay por el mundo comiéndose sus inventos o planos con rabia o tristeza por el fracaso y la incomprensión.

—Pero, el consumidor es libre de comprar o no comprar.

—Eso no se lo creen ni quienes lo alegan como defensa para excusar sus manejos. Abre revistas, periódicos, pon en marcha un televisor en cualquier hogar y verás como esa familia termina adquiriendo lo que la publicidad le dice que debe comprar. Te sorprendería la cantidad de padres de familia que compran muñequitos de moda para sus hijitas, o solterones que compran tal o

cual collar para sus chuchos. ¿Tú has visto, en alguna ocasión, a un rebaño de borregos?

— ¿En el campo?

—Sí.

—Pues no.

—Llevan a un borrego con un cencerro delante y los demás le siguen. La publicidad se ha dado cuenta de ello y pone al borrego del cencerro en la televisión, entre los programas de moda y ya sabes, el rebaño, el gran rebaño de consumidores, camina hacia donde le indican.

—Eres muy duro, Savage. —Ella le acarició con el azul alilado de sus grandes ojos; le agradó pasear su mirada por el rostro masculino—. Y lo cierto es que tengo que darte la razón. La M.M.M, está dispuesta a todo para abortar el invento que puede hacerles inútiles muchos de los negocios que ellos financian. ¿Te interesa el caso?

—Denunciar algún sucio affaire de la M.M.M. Corporation es algo muy comprometido.

— ¿No te atreves? —se asombró la mujer.

—Mira, Gina, si tengo que denunciar algún sucio affaire de la M.M.M. a la opinión pública y luego caen las estrellas, que caigan, pero ha de ser por algo grande, por algo que quede bien claro; por una minucia no vale la pena. La M.M.M. es un gigante de las financieras multinacionales y si he de enfrentarme a ella será para ofrecer la imagen de su conciencia podrida, no para hacerle fotografías de los pies. ¿Me sigues?

—Sí, y yo te ofrezco algo grande, algo sucio.

— ¿De veras? ¿Tanto daño le puede hacer ese invento que quieren abortar?

—Están dispuestos a todo. El financiero que patrocina el invento está amenazado de muerte.

—Bueno, amenazas de muerte las reciben muchos financieros e industriales.

—Tres hombres del financiero han muerto ya, en una simple exhibición de lo que le iba a ocurrir a él.

—Eso ya cambia algo las cosas. ¿Quién es ese financiero que está en peligro?

—Antes de darte nombres necesito saber si estás dispuesto a meter tus narices en este asunto.

—Lo que me has contado resulta interesante, pero no me has dado datos. Tres hombres muertos son un buen caso para la policía, pero yo soy un reportero que vende sus reportajes. ¿De qué forma podría yo actuar en este affaire de 1a M.M.M. Corporation?

—Eso yo no lo sé. No le estoy encargando un trabajo a una

agencia de detectives al uso, ni denunciando un caso a la policía; estoy dirigiéndome a un hombre muy especial llamado Moses Pacific Savage. Si te interesa darle un mazazo mortal a la M.M.M., tú verás lo que puedes hacer. Para un problema difícil, muy difícil, hay que encontrar a un hombre especial y para mí, ese hombre eres tú, Savage.

—Eso queda muy bonito, pero yo necesito datos para saber si me interesa o no; claro que, en principio, asestarle un mazazo a la M.M.M. que tanto sucio debe tener que esconder, me interesa; no obstante...

— ¿Qué?

—Si la M.M.M. no emplea el juego sucio para defender sus intereses, yo no me pondré del lado de unos intereses contrarios a la M.M.M. Corporation, es decir, no voy a permitir que nadie me utilice para su propio negocio.

—Aceptado.

—Ahora, el nombre del amenazado de muerte.

—Charles Bonastrada.

— ¿Charles Bonastrada? Vaya otro pájaro... Ese tipo es un lobo peligroso, aunque comparado con la M.M.M., sólo es un tímido lobezno.

—Está asustado.

—A los tipos como Bonastrada se les mide el miedo por el tiempo que están sentados en el retrete; en fin, si hablo con él veré qué se puede hacer, pero no garantizo nada hasta hablar con él. Charles Bonastrada no es de fiar,

—Dicen que hay ocasiones que un hombre mediocre puede ser empleado para asestar un golpe mortal a un gigante; si en este caso es el propio hombre mediocre el que pide ser utilizado...

—Gina, además de bellísima eres muy inteligente y eso resulta una rara avis in terris.

— ¿Tú las prefieres tontas? —preguntó, desafiándole con la mirada.

—No, aunque soy consciente de que existen muchos hombres que prefieren la imagen del sex-symbol que era la Marilyn Monroe, muy hermosa pero tontina. Para quienes prefieren esa clase de mujeres, ya venden muñecas hinchables japonesas, siempre sensualmente sonrientes y sin pensar porque sólo tienen aire dentro de la cabeza.

—Savage, eres terriblemente peligroso para las feministas.

— ¿Por qué?

—Porque con lo que acabas de decir te las puedes llevar a la cama fácilmente y no todas son feas y masculinoides como muchos vocean.

— ¿Eres tú feminista, con esa maravilla de cuerpo que tienes?

—Sí, soy feminista y abogado.

M. P. Savage lanzó un silbido de admiración y añadió:

—Magnífico, aunque nadie lo diría a la primera ojeada, Claro que yo realicé una serie de seminarios sobre dígito puntura con *senseis* altamente cualificados

— ¿Dígito puntura?

—Sí, como la acupuntura, pero sin agujas. Se trata de hacer una especie de masajes en puntos concretos para quitar jaquecas, relajar, e incluso curar en según qué casos. En Oriente, especialmente en China, la dígito puntura es ya como una asignatura entre los niños.

— ¿De veras va bien?

—Sí.

—Pues yo tengo dolores de espalda hace algunos días.

—Eso es tensión nerviosa, la vida moderna la provoca. Si pasaras algún tiempo en

Liberty Garden ya no la sufrirías.

— ¿Liberty Garden es un paraíso?

—Algo así, pero más bien se podría decir que es una especie de universidad de la vida donde se licencian muchachos y muchachas como seres nobles y puros. Allí se hacen budokas completos, educan el espíritu y el cuerpo.

—Me gustaría visitar Liberty Garden.

—Quizá algún día te lo proponga. Ahora, gira sobre el taburete y dame la espalda. Gina obedeció, ofreciendo la espalda al hombre.

— ¿Bien así?

—Sí, pero quítate la chaqueta del pijama,

— ¿La chaqueta? Es que no llevo...

—Lo sé. La chaqueta fuera y sabrás lo que es dígito puntura...

La chaqueta del pijama, de color amarillo pálido, resbaló al suelo.

Gina supo muy bien, y a fondo, de lo que era capaz una sesión máster de dígito puntura.

CAPÍTULO IV

Conduciendo el automóvil «Datsun» coupé propiedad de Gina, Moses Pacific Savage llegó al muelle de yates, al norte de Los Ángeles.

El lugar era hermoso y los lujosos yates se veían bien pintados. Un olor agradable y salobre a mar se metía en las fosas nasales. El agua estaba llana, muy calmada, y algunos marineros se afanaban en dejar a punto sus embarcaciones mientras otros mostraban lo que habían pescado durante la noche, pues algunos se atrevían a salir a la pesca nocturna.

—Es el Sant Pauli.

—Sí, ya me lo dijiste anoche.

Estacionó el «Datsun» frente a la embarcación que buscaban, de unos diez metros de eslora y casi tres de manga. Era un yate lujoso para disfrutar de él y no para hacer carreras. Posiblemente su velocidad no sobrepasaría veinte o veinticinco nudos, claro que era más que suficiente para navegar a placer.

— ¿Estará solo?

—Es posible, después de la muerte de tres de sus hombres de confianza.

—Pues tras la muerte de esos tres hombres debería protegerse más si cabe. Será cuestión de preguntarle lo que ha sido de los tres cadáveres.

Gina se estremeció bajo el vestido mono color limón. Estaba muy hermosa, parecía que iba a estar siempre bella, sin importar lo que se pusiera encima o aunque no se pusiera nada.

Descendieron del automóvil y sin que nadie les molestase, subieron a la pasarela que conducía a la cubierta de popa del lujoso yate.

— ¡Charles, Charles! —llamó Gina.

—Estará dentro, pero tendremos que andarnos con cuidado. A lo peor, de asustado que está, nos recibe a tiros.

—Si oye mi voz no creo, me reconocerá en seguida; es mi padrino.

—Vayamos abajo, a ver si está.

Abrieron la puerta que daba acceso a las dependencias interiores del yate, la cabina de mando, un saloncito y dos camarotes; también tenía un cuarto de baño y un aseo.

— ¡Bonastrada!

— ¡Padrino!

No hubo respuesta a sus llamadas.

Al adentrarse en el saloncito descubrieron a Charles Bonastrada tendido en un sofá como si dormitara.

— ¡Padrino!

Savage sujetó a Gina por el brazo, deteniéndola para que no siguiera avanzando.

—No te muevas, no toques nada.

— ¿Por qué? ¡Padrino!

—Está demasiado inmóvil, parece muerto.

— ¿Muerto?

Savage se adelantó hasta Charles Bonastrada y cogió una de sus manos como para tomarle el pulso mientras la observaba. Frunció el ceño.

—Sí, está muerto y pienso que lo han torturado, aunque aparentemente no tiene heridas.

— ¡Padrino! —gritó, de pronto, Gina, detrás de Savage, como desgarrándose de dolor.

Echó a correr como enloquecida.

— ¡Gina, espera, Gina!

— ¡Padrino! —siguió gritando ya en la cubierta, corriendo hacia la pasarela,

Savage fue tras ella para controlarla, pues la veía desesperada. Cruzó él también la pasarela cuando la muchacha penetraba en el «Datsun» y trataba de poner en marcha el motor.

— ¡Espera, Gina, espera!

De súbito, se produjo una horrísona explosión que captó la atención de cuantos se hallaban en los muelles.

El yate se abrió por el techo como si fuera una lata de conservas mientras reventaba por debajo de la línea de flotación. Una llamarada ascendió hacia un cielo celeste y nítido mientras piezas de toda índole, maderas y tornillos, volaban por el aire.

Todos los yates vecinos en el muelle sufrieron la violencia de la explosión, siendo zarandeados peligrosamente. Algunos llegaron a escorar casi fatalmente mientras el Sant Pauli, el yate de Bonastrada, reventado en sus entrañas, se hundía en apenas un par de minutos. Sólo quedó algo de la popa a flor de agua, sujeto por las maromas de amarre. El resto quedó bajo el agua que quedó cubierta de un líquido denso y oleoso.

Gina, que se había quedado blanca como la cera, estalló en un violento sollozo. Se inclinó sobre el volante, como no pudiendo resistir más.

Los patronos y marinos de los otros yates los observaron en forma interrogante. Nadie era tan tonto como para suponer que se

tratase de un accidente. No era el simple incendio de un yate, sino un claro sabotaje. La mayoría no quisieron meterse en líos y no se acercaron ni a preguntar, aunque algunos, desde sus teléfonos particulares, llamaron a la policía.

Savage se acercó al borde del muelle esperando ver flotar algo más cuando escuchó el brusco ruido de un motor a su espalda. Se volvió a tiempo de ver cómo el «Datsun» se alejaba a toda velocidad mientras por el muelle, haciendo ulular sus estridentes sirenas, llegaban varios patrulleros.

En el lugar de los hechos, tras identificarse, Savage explicó someramente lo que sabía acerca de lo ocurrido, que era muy poco.

Una hora más tarde, un sargento le tomaba declaración en la estación de policía. Su declaración pasó al teniente de Homicidios y Savage se encontró frente a Douglas Heston.

— ¿Se ratifica en su declaración, Savage?

—Sí.

— ¿La va a firmar, ahora?

—Sí.

— ¿Seguro que no olvida nada?

—Lo cierto es que poco puedo declarar. Para mí, Charles Bonastrada estaba muerto; luego, al salir del yate, ocurrió la explosión. Es posible que hubieran colocado un mecanismo retardado o simplemente algún artilugio que se puso en marcha al abrir la puerta, a mi llegada,

— ¿Y qué dice su amiga?

—Su nombre es Gina y llamaba padrino a Charles Bonastrada.

— ¿Quiere decir que todo esto ha sido una vendetta o ajuste de cuentas de la Mafia?

—Lo ignoro.

—Savage, ¿qué buscaba usted en el Sant Pauli?

—Información.

— ¿De qué clase?

—Eso, si lo supiera bien, no dejaría de ser secreto profesional; no obstante, la información, si es que la había, debía dármela el propio Charles Bonastrada, pero ya sabe que cuando llegué estaba muerto.

—No sé, Savage, no sé, eso es su testimonio. Ahora, los hombres-rana están haciendo la investigación apropiada.

—Espero que lo aclaren todo.

— ¿Seguro que no puede decirme nada más?

—Sólo serían suposiciones.

—Bueno, las suposiciones no sirven para llevarlas ante un juez, pero pueden ayudarnos a encontrar pistas valiosas.

—Lo siento, teniente; creo que sus hombres-rana serán los que

puedan darle las pistas necesarias para hallar al asesino.

—Savage, es usted un tipo difícil, todos los de la policía lo sabemos, pero tampoco olvidamos que jamás se ha puesto contra la ley. Sus reportajes son buenos, muy buenos, yo diría que usted y los muchachos del Watergate son los mejores periodistas del mundo, pero ustedes, las superestrellas del reportaje y el periodismo de denuncia, pretenden solucionar los asuntos por sí mismos y eso es peligroso. La ley y la justicia están para algo.

—Lo sé. Mis reportajes son para denunciar los asuntos sucios; luego, ustedes y los tribunales, hacen lo que corresponda.

—Sé que nos entendemos, Savage, pero si averigua algo más tendrá que decírmelo.

—Yo no vengo a contarles rumores, ni siquiera los rumores que me "cuentan a mí. No, teniente, cuando yo digo algo a hombres de la ley como usted, debo estar seguro, he de tener pruebas de lo que afirmo.

— ¿Y dónde va a buscar las pruebas?

—No lo sé todavía.

—Gina tiene que declarar, también.

—Eso es cosa de ustedes y no mía. Gina vino a verme diciéndome que Charles Bonastrada quería contarme algo que podía ser motivo para un gran reportaje.

—Me interesa saber cuál era ese posible reportaje.

—No puedo decirle nada, teniente Heston, compréndalo. Es secreto profesional y si dijera algo sin comprobarlo antes, podría caer en el delito de calumnia.

El teniente Heston suspiró.

—Bien. Espero que cuando sepa algo me lo comunicará y preveo que será inútil recomendarle que no se meta en más líos.

—Si he de llevar adelante un reportaje, tendrá que dejarme libre, salvo que tenga una acusación en mi contra, o una orden del juez que no serviría de nada. No es mi intención interferir en la investigación policial, que es, realmente, lo que se me podría prohibir.

—Se las sabe todas, Savage, pero si el sindicato del crimen anda metido en esto y todo parece indicarlo así, va a tener muchos problemas.

—El juego es entre peces gordos y eso lo hace más excitante. Si averiguo algo que tenga que ver con lo sucedido en el yate Sant Pauli, palabra que le llamaré para comunicárselo personalmente.

—No es que no me fíe de usted, Savage, pero pospongo darle las gracias hasta recibir esa información. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, teniente. —Se puso en pie—, ¡Ah!, si encuentra a Gina le agradeceré haga una llamada a mi bungalow. Estoy preocupado por ella, ha recibido un golpe muy duro con lo ocurrido

en el yate.

—Lo supongo, pero eso de llamar padrino a Charles Bonastrada... Esos italianos tienen demasiados padrinos, demasiados.

CAPÍTULO V

Moses Pacific Savage entró en el pequeño laboratorio fotográfico donde Juanito Chancleta, el pequeño puertorriqueño de apenas cincuenta kilos de peso y algo más de un metro y medio de estatura, un excelente budoka en las especialidades de *Tae Kwon Do* y *BoJutsu*, estaba revelando y secando grandes fotografías.

— ¿Cómo va eso, Juanito?

—Bien, bien, fue un estupendo trabajo.

— ¿Y Ricky, ha enviado algún mensaje? —interrogó, refiriéndose al gigante japonés campeón de la lucha de Sumo, él y Juanito eran colaboradores habituales de Savage.

—No, todavía no. ¿Quieres ver las fotos que sacamos?

—Sí.

—Por poco llegamos tarde. Menos mal que te diste prisa en enviarnos el aviso por radio.

—En estos casos es mejor utilizar los emisores que el teléfono.

—Fuimos a los muelles y estuvimos vigilando el yate Sant Pauli como nos dijiste. Hubo visitas y aquí tienes las instantáneas. Había poca luz y no podíamos utilizar el flash convencional, de modo que con película ultrarrápida especial conseguimos estas fotos.

Savage comenzó a mirar las fotografías colgadas de un cordel en el orden en que se habían hecho. Se podía ver la llegada de dos automóviles frente al yate Sant Pauli. Las fotografías, pese a las difíciles condiciones en que fueron tomadas, mostraban a varios hombres, todos ellos vestidos con elegancia.

En una de las fotografías se veía cómo sacaban un gran bulto del maletero de uno de los coches.

— ¿Sabes qué es eso, Juanito?

—Es un saco.

—Sí, un saco, y parece que llevan a un hombre dentro.

—Es lo que llevaron al interior del yate.

—Imagino que ahí dentro iba el cuerpo de Charles Bonastrada.

— ¿Piensas entregar estas fotos a la policía?

—No, por ahora. Después de todo, las fotografías no son una prueba testifical, pueden ser retocadas o falseadas y no merecen demasiado crédito; no obstante, para nuestro trabajo servirán, ya lo creo que servirán. Tengo que felicitarte, Juanito, hicisteis un magnífico trabajo.

—Mira, en ésta se ven bien las caras de los que estaban allí.

—Sí, ya veo, y también que llevan un maletín. Imagino que en ese maletín iban los explosivos.

—Tengo algunas fotos sensacionales, Savage.

— ¿Como cuáles?

—El yate reventado como un bote de fríjoles lleno de dinamita.

Savage miró, asombrado, la fotografía en la que aparecía él y la propia Gina y el yate saltando en pedazos.

—Con estas fotos haremos un buen reportaje. Si las viera el teniente Heston se relamería los labios de placer aunque luego no le sirvieran para llevarlas ante el juez.

Veamos, veamos, veamos, ¿tienes las lupas?

Colocaron las fotografías, convenientemente iluminadas, frente a grandes lupas. Savage comentó en voz alta a su amigo y compañero Juanito Chancleta:

—Veo algunos rostros conocidos.

— ¿Como cuáles?

—Lewis Chadman. Fue del sindicato hasta que se unió a Mark M. Morton.

— ¿Cómo pudo separarse del sindicato mafioso?

—Buscó la protección de la CIA. Morton controla con su financiera muchas empresas con capital norteamericano; le ofrecieron la protección que pedía y el sindicato se hizo a un lado. El sindicato mafioso y la CIA nunca tienen problemas, ni siquiera roces entre sí y eso puede ser altamente significativo.

— ¿Se respetan mutuamente?

—Mejor no digas lo que piensas, Juanito, la CIA tiene orejas hasta en las paredes. Veamos, veamos las fotos... Aquí está Toko Harikey.

— ¿Le conoces, también?

—Sí, ese japonés tiene mucho que ver con el mundo del automóvil en el Japón y es sabido que Japón está a la cabeza del mundo en la fabricación de automóviles; va detrás de los propios Estados Unidos.

— ¿Piensas que hay reunión de alto nivel por causa de la fabricación de automóviles?

—Pudiera ser, mas por ahora sólo son suposiciones. Vaya, si en esta foto también aparece Chiong Lee... —exclamó.

—A ése sí le conozco, karateka cinturón negro quinto dan y séptimo dan en Tae Kwon Do. Es coreano, ciudadano norteamericano y el año pasado fue campeón en el gran *kodokán* de Kyoto.

—Exacto. Al parecer, el gran campeón del Tae Kwon Do coreano se ha colocado a las órdenes de la M.M.M. Corporation.

— ¿Habrá contratado sus habilidades como budoka?

—Es posible, pero quien vende sus técnicas, quien se coloca

como sicario, no posee el verdadero espíritu del budoka y me temo que Chiong Lee se ha convertido en un ejecutor de Morton. Un hombre como Chiong Lee resulta terriblemente efectivo; puede matar sin dejar una gota de sangre como rastro. Incluso, puede eliminar a un hombre condenándolo a muerte con un *sho-nen-goroshi* al plazo de un año vista, asestándole un golpe con su puño. Parece que no le ha hecho nada grave, pasan los meses y la víctima muere a plazo fijo... Son *hihos*, métodos secretos de lucha de efecto retardado, fatales si quien los ejecuta lo hace con precisión.

—Chiong Lee, por sí solo, es peligrosísimo; ni un pelotón de Boinas Verdes podría sujetarlo y si va escoltado por otros karatekas y especialistas en Tae Kwon Do, no habrá quien se acerque a Morton y tengo la impresión de que el mismísimo Morton viajaba en ese segundo coche que quedó más atrás.

—No se le pudo fotografiar. Los cristales del auto eran de color y estaba muy oscuro,

—Juanito, habéis hecho más de lo que era factible. Resulta lógico que si Morton quería observar la operación del traslado de un cadáver, no se dejara ver.

—Todo esto no sirve para acusación, pero si llegas al fondo del asunto harás un reportaje magnífico.

—Esto es sólo el principio, Juanito. La M.M.M. Corporation está en problemas que, al parecer, consideran graves. Si no fuera así, los altos gerifaltes no se expondrían.

Sonó un zumbador y ambos miraron hacia la mesa donde había el pequeño emisor. Juanito Chancleta se acercó a él, pulsó un resorte mientras extendía la pequeña antena telescópica y dijo:

—Aquí Noche a la escucha, Noche a la escucha, amigo.

—Llamando Sel, lla-llamando Sol, cam-cambio —dijo la voz inconfundible y tartamudeante de Ricky, un auténtico gigante, campeón de Sumo, de dos metros diez de estatura y más de ciento ochenta kilos de peso, todo lo contrario de lo que el mundo pensaba que debía ser un japonés.

—Noche a la escucha. ¿Sucede algo, Sol?

—Sí, sí, los buitres están en el aojo Suwon, cam-cambio.

Juanito Chancleta miró a Savage. Este se acercó al transmisor y pidió:

—rile que voy a ir con él.

—Sol, escucha, Día visitará el dojo Suwon. Si hay novedades, avisa, cambio.

—Com-com-comprendido, cambio y fu-fu-fuera. Se cortó la comunicación.

— ¿Qué coche siguió Ricky?

—Conseguí colocar un microemisor de FM dentro del

guardabarros del primer coche, el que llevaba el saco con el supuesto cadáver dentro.

— ¿Pudiste acercarte sin que te descubrieran?

—Iba tan negro como un ninja2, y como soy pequeño físicamente, no me descubrieron, estoy seguro.

—Bien, sigue con las fotos y atento al emisor. Voy a hacer una visita al dojo Suwon.

—No irás solo, ¿verdad? Chiong Lee estará con sus discípulos y en su propio terreno.

—Puedo hacerle una visita de cortesía, tranquilo, Juanito. Mira, te voy a dejar una lista de lo que necesito que me hagas.

— ¿Más fotografías?

—Sí, y también algunas pequeñas investigaciones. No te será muy difícil, pero ándate con cuidado porque puedes tropezarte con la policía que estará investigando por la misma vía y ya sabes que a los de Homicidios les irritan las intromisiones.

—Tendré cuidado.

Savage le dio una palmada en el hombro y abandonó el estudio fotográfico.

Juanito, como siempre, había hecho un trabajo excelente con sus cámaras superespecializadas para fotografiar en mitad de la noche y jugándose la vida.

Tomó un taxi que le condujo frente al dojo Suwan, situado en un área bastante oscura y siniestra. A ambos lados de la entrada del aojo había rótulos con ideogramas coreanos.

Buscó por los alrededores hasta descubrir el gran y potente «Daymio». Sentado ante el volante estaba Ricky que le recibió con una amplia sonrisa.

—¡Ho-ho-hola, Savage! Están den-dentro.

— ¿No han salido?

—No.

—Bien, voy a entrar.

—Yo, yo te acompaño...

—No, Ricky, tú te quedas aquí, salvo que veas que el aojo echa fuego. ¿Comprendido?

—Lo lo que tú di-digas, Savage —asintió el gigante japonés que impresionaba con su presencia a cuantos le veían por primera vez. Su estatura y peso eran excepcionales.

De unos pequeños compartimientos que había debajo de los asientos del auto, Savage extrajo una bolsa deportiva y dijo:

—Hasta luego, Ricky.

Ricky le vio alejarse con un gesto de preocupación, quería entrar con su amigo Savage por si necesitaba ayuda. En el dejo había demasiada gente para un hombre solo, por muy Star-Budoka que

fuera.

Savage empujó la puerta del dojo con naturalidad. Cruzó un pequeño vestíbulo vacío, atravesó un corredor, descendió unas escaleras y al fin encontró el dojo, un gran tatami y paredes acolchadas a su alrededor, para evitar que si alguien salía disparado se partiera la cabeza.

Varios budokas se movían al unísono lanzando sus *kiais* controlados, metódicos *kiais* que no salían de lo más hondo de su *Ki*.

El grupo de ocho budokas era dirigido por el *sensei* que vestía un *judogi* negro y el budoka que dirigía las katas de *Tae Kwan Do* no era otro que el coreano Chiong Lee.

Los dos hombres encontraron sus respectivas miradas y ambos se saludaron ceremoniosos, inclinando la cabeza. Chiong Lee bajó su cráneo brillante y aceitado, perfectamente rasurado; Savage había inclinado el suyo, cubierto de abundante cabello lacio e intensamente negro que caía largo sobre la nuca y en fleco espeso sobre la frente despejada.

— ¡Basta, atención! Recibimos en nuestro humilde dojo la visita de Star-Budoka, un budoka cuyo nombre se ha hecho legendario pese a no participar en los grandes campeonatos de Tokyo, Kyoto u Osaka y tampoco en los campeonatos del mundo ni en las Olimpiadas. No participa en ninguna competición oficial, no exhibe medallas de campeón; sin embargo, los más grandes *senseis* de todo el mundo hablan de él como un semidiós. He aquí a Moses Pacific Savage, el budoka legendario.

—Es para mí un gran honor pisar el dojo de Chiong Lee, gran campeón de Karate y Tae

Kwon Do coreano en el *Kodokan* de Kyoto —respondió Savage, con idéntica cortesía.

—He oído contar que practicas todas las especialidades de las Artes Marciales

Orientales, Savage.

—Sólo lo pretendo; soy consciente de que en Kyudo, el tiro con arco, existen *senseis* hoy por hoy insuperables, lo mismo que en el manejo del *bo*, en sus diferentes longitudes. Manejar el bastón es difícil, todo un arte, y hay maestros muy cualificados. Yo puedo utilizar un *bo* de cualquier medida, el *shinai* o la *katana* y también el *nunchaku* u otras armas, mas siempre he preferido practicar con las manos limpias.

—Se comenta que hay una secta que utiliza un *yawara* corto, con la cabecita de un dragón tallada en cada uno de sus extremos, que quiere tu muerte.

—Se dice —cortó Savage, consciente de que la Secta del Dragón Bicéfalo tenía una lista negra de hombres a ejecutar, que él

encabezaba.

La Secta del Dragón Bicéfalo era una organización de sicarios especializada en emplear los métodos de las Artes Marciales Orientales para cometer sus asesinatos. Sus miembros, sus verdugos, no eran todos orientales, aunque sí auténticos maestros en las técnicas de matar alumbradas en el milenario Oriente.

Chiong Lee, además de ser un hombre muy importante en la M.M.M. Corporation, podía ser un brazo ejecutor de la Secta del Dragón Bicéfalo, circunstancia que Savage ignoraba.

Había algo que solía distinguir a los sicarios de dicha secta y esto era el empleo del yawara, un pequeño bastón que cabía dentro del puño y en cuyos extremos sobresalían sendas cabecitas de dragón talladas en madera de teca hindú o birmana, de líneas sencillas pero formando puntas que servían para partir cráneos de un solo golpe.

—Si has venido al dojo de Suwon habrá sido para sudar un poco el *judogi* sobre el tatami, ¿o es una simple visita de ojeador?

—Sería un honor practicar un poco contigo, Chiong Lee.

— ¿Conmigo? —Chiong Lee sonrió, maligno; parecía satisfecho.

Era alto, aunque no tanto como el propio Savage, que debía sacarle un par de pulgadas, aparte del pelo, que el coreano no tenía. Había mucho de común en los dos budokas, pero también mucho les separaba, especialmente y sobre todo, el espíritu de ser y estar en el Planeta Azul, el sentirse hermano del resto de los seres humanos.

—*Judo, Karate, Kung-Fu, Hapkido o Tae Kwon Do*. ¿Qué prefieres practicar, Savage?

—No puedo ocultar que sé que eres campeón de Tae Kwon Do.

—Si prefieres otra especialidad...

—Podemos practicar Tae Kwon Do, si te parece bien y no es molestia para ti o tus alumnos.

—Será un placer para mí y una lección para ellos. Seguro que han oído hablar del legendario Savage, el *Star-Budoka* que no participa en campeonatos y que, sin embargo, es respetado por los más cualificados *senseis*.

—Entonces, Chiong Lee, si me lo permites, lavaré mi cuerpo y vestiré el *judogi* para que puedas humillarme con tus habilidades sobre el tatami.

—Aguardaremos, anhelantes, la presencia del maestro Savage.

No sólo Chiong Lee inclinó su brillante y rapada cabeza, sino también todos sus discípulos que vestían kimonos blancos de entrenamiento.

Savage desnudó su cuerpo elástico y nervudo, duro y sin grasas, joven y fuerte. Se puso bajo la ducha y se enjabonó, pese a que solía bañarse diariamente. Dejó su cuerpo pulcro como era de rigor en cualquier budoka que pisara un tatami, como parte del respeto que se

debía al adversario.

Se vistió casi ceremonialmente con su *judogi* para exhibiciones, un *judogi* nada común, pues era de color morado violeta y en la espalda tenía bordado su distintivo: la flor del pensamiento en color oro. Se ciñó el cinturón negro y calzado con las getas, se encaminó al tatami donde le esperaban en silencio.

Los discípulos de Chiong Lee se habían situado fuera del tatami y, al parecer, como la competición entre el campeón Chiong Lee y M. P. Savage era algo excepcional, aparecieron nuevos espectadores, entre ellos un grupo de diez muchachas budokas que habían practicado en la clase anterior y que ahora iban vestidas de calle. Las había orientales por sus rasgos y otras eran de raza blanca que se adiestraban en el Karate o Judo para defenderse de posibles ataques que tanto proliferaban en California.

Savage se descalzó y las getas quedaron al borde del tatami del dojo.

Se colocó sobre la banda oscura del tatami y encarado con su adversario, se inclinó reverencialmente para saludarle, a lo que Chiong Lee correspondió en la forma usual.

Ambos sabían que aquella especie de combate exhibición era mucho más que una simple demostración por parte de ambos. Savage luchaba por la denuncia del fraude, de la explotación del hombre por el hombre o por corporaciones, sociedades anónimas y pseudofundaciones; Savage vivía para denunciar todo lo corrompido, viniera de donde viniese. Por contra, Chiong Lee estaba del lado de la M.M.M. Corporation, lo que delataba una mentalidad que buscaba el lucro y la egolatría por considerarse un campeón, un ser superior a la mayoría de los mortales.

Ambos conocían todas las técnicas y posibilidades del terrible Tae Kwon Do, el Karate volador, ambos podían ejecutar las katas por separado, con verdadera maestría, mas ahora, en combate, vencería el que ejecutara con mayor rapidez y habilidad cada uno de los golpes, de los ataques.

Para los espectadores del dojo Suwon, Savage era una incógnita y Chiong Lee una realidad. Le habían visto partir botellas de cristal con un simple golpe del canto de su mano y las botellas quedaban reventadas como si hubiera empleado un afilado cuchillo. Le habían visto triturar una docena de ladrillos de un solo golpe y así, otras muchas exhibiciones. Sólo maestros de muy alta categoría podían vestir el *judogi* negro y él lo lucía, diferenciándose de un vulgar cinturón negro.

Los dos budokas comenzaron a desplazarse sobre, el tatami con sus pies desnudos.

Ambos movían su cuerpo, sus brazos, sus manos y su cabeza

proyectando como figuras en el aire. No podían dejar adivinar al adversario cuál sería el siguiente movimiento.

De pronto, en medio de un gran silencio en el que podían apreciarse las respiraciones, Chiong Lee, de claros rasgos tungueses, se elevó volando materialmente.

Giró sobre sí mismo pretendiendo alcanzar a Savage con el talón derecho. Savage esquivó el golpe y desvió la pierna con su mano izquierda, mas sabía que Chiong Lee no se había empleado con toda su fuerza. Sólo se trataba de un tanteo y así era, porque aún no había vuelto a caer sobre el tatami cuando Chiong Lee se encorvó como un felino.

Inclinó su cabeza hacia abajo y aplicó un impacto en la rodilla de Savage que, de haberlo alcanzado, se habría partido como una nuez a la que hubieran asestado un martillazo. Savage supo saltar a tiempo y aplicó un talonazo a la mandíbula del coreano tungués pretendiendo alcanzarle en la cara. Sólo consiguió tocarle eh el hombro, lo que le hizo perder el equilibrio y rodar sobre el tatami, pero el coreano recobró la verticalidad de un salto.

Los dos hombres se habían tanteado, y fallado en sus primeros ataques.

Los espectadores observaban con emocionada atención los movimientos de cada uno de los dos maestros que se movían sobre el tatami, el coreano con su *judogi* negro de gran *sensei* y Savage, con su *judogi* particular color violeta con la flor del pensamiento en la espalda.

Un ataque efectuado con la mano desnuda, fuera con el canto, el puño, el dorso o los nudillos, un golpe del codo, la rodilla o los pies, especialmente el efectuado con los talones, bastaría para concluir el combate. Y uno de aquellos golpes podía resultar mortal...

—¡¡*Kiaaaaaiiiii*!!

El coreano, pensando que le tenía tomada la medida a M. P. Savage, el norteamericano de Okinawa, lanzó una *dol liyo cha ki* a media altura. El talón de su pie derecho buscó el vientre de Savage que saltaba por encima de él y como si el coreano lo tuviera previsto, golpeó hacia arriba con la maligna intención de hundirle los testículos hacia el interior del cuerpo con la demoledora patada,

Pero Savage había contado con ello y el salto fue alto; demasiado alto para que le cazara el letal impacto...

Savage estiró la pierna izquierda hacia abajo y sin tiempo para reponerse, el coreano encajó el talonazo de arriba abajo.

El golpe dio justo donde Savage pretendía y se escuchó un siniestro crujido.

El gran campeón de Kyoto quedó tendido sobre el *tatami*. Allí no se marcaban sólo los golpes, allí se aplicaban en toda su virulencia. No

era un campeonato normal, ambos sabían, desde el principio, lo que podía pasarles.

Hubo una exclamación general y unánime de asombro.

Savage había escapado a un doble ataque combinado y muy astuto por parte del coreano, maestro y campeón en Tae Kwon Do y él había replicado con un golpe que le había cazado brutal, pero limpiamente, en la mandíbula.

Nadie de los que asistían al dojo Suwon había visto jamás humillado al coreano Chiong

Lee que ahora yacía sobre la lona del tatami.

—Llévenlo al doctor, no será nada grave, ha sido un accidente deportivo —dijo Savage a los presentes.

Saludó ceremoniosamente al derrotado y después, dándole la espalda, fue a por sus getas. Se las calzó y se dirigió a la ducha.

En la calle le esperaba Ricky al volante del gran «Daymio».

CAPÍTULO VI

El teniente Douglas Heston caminó nervioso por el saloncito del bungalow que M. P. Savage tenía rentado en el área de Playa del Rey en Los Ángeles.

— ¡Savage, si sabe algo más debe decírmelo, es su obligación!

—Lo siento, teniente, pero nada concreto puedo decirle; no tengo pruebas contra nadie. Si las tuviera, las pondría en sus manos con mucho gusto. ¿Quiere tomar algo? — preguntó, dirigiéndose al bar que allí tenía y que formaba parte del salón.

—No bebo estando de servicio, pero si tiene un cigarrillo, se me han acabado.

—No fumo.

—Vaya, ¿le teme a la calaverita que obligan a poner en los paquetes de cigarrillos?

—No, simplemente que no fumo. Mis pulmones estarán así más limpios y hay ocasiones en que se necesita llenarlos bien de aire y que trabajen al máximo de rendimiento.

—Bien, bien, así colaborará a la despolución del aire viciado que respiramos; pero, por todos los dioses, Savage, necesito saber más, tengo al comisionado encima. Cuatro cadáveres sacamos de entre los restos del yate Sant Pauli.

—Cuatro son mucha gente.

—Eso me digo yo. Usted sólo me dijo haber visto a Charles Bonastrada.

—Sí, sólo le vi a él, y puedo atestiguar que estaba muerto.

— ¿Muerto de qué; había sangre, fracturas?

—No tenía huellas visibles de violencia, pero su corazón estaba parado y puedo decirle que desde hacía horas. Y hay muchas formas para detener un corazón sin dejar huellas de sangre.

— ¿Cómo, con un inyectable?

—Es una forma, y también puede hacerse con un golpe.

— ¿Karate?

—Sí. También podían haber empleado corrientes eléctricas. Lo mismo que mediante un voltaje adecuado un corazón puede ser estimulado, otro sufre un colapso ante un estímulo eléctrico fuerte y sorpresivo. Muchos operarios especialistas del mundo eléctrico han muerto por paro cardíaco al recibir una descarga eléctrica.

—La autopsia poco podrá aclarar, pusieron mucha Goma-Dos. La explosión fue terrible, y a los otros los hemos sacado a pedazos. No hay forma de determinar su muerte con certeza, sólo se puede atribuir a la explosión habida dentro del yate.

—Sus médicos forenses son más listos que todo eso, teniente. Averiguarán con mucha facilidad que ya hacía tiempo que habían muerto, cuando quedaron despedazados por la explosión que se llevó al Sant Pauli bajo las aguas.

—No se le escapa una, Savage; no obstante, va a resultar muy difícil determinar de qué forma murieron. Usted y la bella desconocida fueron al yate e instantes después, volaba.

¿Quién es la chica?

—Gina.

— ¿Es lo único que sabe de ella?

—Sé algunas cosas más, pero no creo que sean apropiadas para contárselas al juez y tampoco servirían de nada para la investigación.

—No sea tan irónico.

—Mire, teniente, estoy tratando de averiguar lo sucedido pero sin crear problemas a la policía, sin cruzarme en el camino de ustedes, mas si usted se empeña en pegarse a mis talones no podré averiguar nada.

—Dice que no se va a entrometer en un caso de homicidio; sin embargo, ha hecho publicar en los periódicos de tirada nacional e internacional que el financiero Charles Bonastrada protegía y subvencionaba a un pequeño equipo de investigadores y que lo que pretenden los asesinos de Bonastrada es que esa investigación no avance, pero usted está dispuesto a ayudarles si le escriben a lista de correos. Ha hecho pasar esa nota también por la radio, sólo le falta la televisión.

—No lo he hecho porque muchas amas de casa pensarían que se trata de un concurso y me iban a inundar de cartas.

— ¿Y piensa que le escribirán?

—Es posible, y le recuerdo que es un asunto particular. Si manipulan mi correspondencia le haré pedazos a usted y a su comisionado; el pueblo norteamericano aún está muy escocido por lo del Watergate y ya ve, ni al presidente le perdonaron meter las narices donde no debía.

—Savage, quiero ser su amigo, pero no me amenace —silabeó, enrojeciendo.

—Soy su amigo, teniente, pero no me ponga en el disparadero. Una de las cosas que me irritan profundamente es el abuso de autoridad y eso, por lo visto, es un delito muy común en todo el mundo. Los hombres se ponen una placa y ya se creen con derecho a todo. Eso no, teniente, eso no. Hay leyes para todos, incluso para

ustedes los policías.

—La misión de los policías es investigar, para dar a los culpables su justo castigo — puntualizó, encrespándose.

— ¡Magnífico, teniente!; y la misión de los periodistas es dar información al público, sea por televisión, radio, periódicos o revistas. Y para dar información, tenemos que averiguar. No podemos sentarnos en un despacho y esperar a que venga una mujer y nos cuente que su hija del alma se va a casar con el hijo del médico de la localidad y que publiquemos la noticia... No, teniente, el público tiene derecho a mucho más; debe conocer todo aquello que ataque los derechos humanos, todo lo que se hace de una forma más o menos solapada y que puede redundar en un perjuicio. Por eso tenemos que investigar y si yo denuncio algo punible, ustedes, los de la ley, entran en acción y hacen pagar por ello al culpable. Ahora, teniente, de veras que si supiera dónde encontrar a Gina se lo diría. Esa muchacha se me escapó de entre los dedos, desapareció, y no sé dónde encontrarla ni qué exacta relación tenía con Bonastrada; sólo sé que le llamaba padrino.

—Entre los italianos o descendientes de italianos, eso de llamarse padrino es muy usual.

—Lo sé, y no puedo decirle más. Ahora estoy esperando que aparezca una mariposa al alcance de mi mano e intentaré cazarla para seguir adelante en mi investigación. Estoy seguro de que en el fondo de todo este asunto hay algo importante.

— ¿No puede sugerirme algo, por lo menos? Bonastrada era importante, estoy recibiendo presiones de todas partes y el único testigo es usted, Savage. Tendría que llevármelo a la estación de policía e interrogarle una y otra vez.

—Sería muy efectivo acusarme a mí de todo, pero poco práctico; terminaría haciendo el ridículo y lo sabe.

—De acuerdo. —Resopló y gruñó—. Me voy a servir un trago de bourbon.

— ¿No ha dicho que no bebía estando de servicio?

—Sí, pero ¿qué le vamos a hacer? Cometeré una falta, espero que no haga de soplón. Cuando comenzó a beber el largo trago de bourbon que el propio policía se había servido a sí mismo, Savage le dijo:

—El hombre que no quería que Bonastrada financiara a esos investigadores fantasma que no aparecen por ninguna parte, es Mark M. Morton.

— ¿De la M.M.M. Corporation? —estalló, salpicando de bourbon la pequeña barra.

—El mismo.

—Pues se acabó, Morton es un pez gordo, demasiado gordo.

—Sí, un tiburón como el de la novela Javos.

—Eso es, y al que se le ponga a tiro entre los ojos, lo va a hacer pedazos. ¿Por qué me habrán de tocar siempre a mí las investigaciones más peliagudas? —se lamentó, con expresión entristecida—. De esta forma nunca ascenderé ni me darán la placa de oro...

—Sabía que no le iba a gustar pero usted pide, pide y hay que darle y, en ocasiones, las verdades son poco digestibles.

—No le aconsejo que acose a Morton, salvo que tenga pruebas concretas en su contra porque le va a echar los abogados, los demonios y a todas sus influencias encima.

—Ya cuento con eso.

—No le tengo miedo —dijo de pronto el teniente, alzándose orgullosamente.

—Vamos, teniente, eso es lo que suele_ decirse en los telefilmes de serie, la realidad es muy distinta. Usted no es un hombre libre, depende de sus superiores y si sus jefes le oyen, lo mandan a ordenar archivos y eso, con mucha suerte.

—Mi misión es llevar el caso adelante, caiga quien caiga, aunque el que caiga sea yo.

—No lo creo, teniente. Actúe con tacto y déjeme a mí en paz. Ya le he dicho que, cuando averigüe algo interesante, algo que valga la pena, se lo diré; por ahora, sólo son suposiciones.

—De acuerdo, de acuerdo. Si sabe algo de esa chica debe avisarme, he de interrogarla. En la lista de herederos de Charles Bonastrada, que era rico aunque por supuesto, no tanto como Morton, no aparece ninguna Gina.

—Bonastrada debió protegerla en sus estudios o algo por el estilo porque no era la amiguita de Bonastrada, si es lo que ha llegado a pensar.

— ¿Por qué no era la amiguita de Bonastrada?

—Porque no, y sé lo que me digo. Créame, teniente, a mí una misma mujer no me vende su virginidad dos veces y esto último sólo es una frase respecto a Gina.

—Ya en el siglo XVI, Pietro Aretino escribió que algunas furcias vendieron más de una docena de veces su virginidad a los incautos. Las mujeres son muy astutas.

Savage tuvo deseos de replicarle que a lo largo de la historia había habido mujeres astutas y malignas, pero lo mismo había ocurrido con hombres.

Dejó que el teniente Heston se marchara del bungalow en un coche policial que había estado aguardando fuera. Savage se daba cuenta de que el teniente Heston tendría problemas para resolver aquel caso; no se trataba de buscar a un asesino que hubiera matado

por heredar, eso quedaba para las novelas policíacas que ya no interesaban a nadie.

M. P. Savage estaba cansado; sin embargo, debía seguir adelante con el plan que se había trazado, mas tenía que esperar y saber esperar era difícil, quizá lo más difícil para muchos hombres de acción cuyos nervios de acero estaban sobradamente probados.

Se desnudó y fue a la ducha. Golpearon su cuerpo los finos dardos de agua fría, se secó y situándose en la penumbra, sobre la moqueta, se dispuso a relajarse con *Yoga*, adoptando la postura del loto. Sentado, con las rodillas dobladas y separadas entre sí, los pies cruzados y los brazos extendidos, tocando sus manos el suelo, se quedó en la postura *padmasana* y comenzó a relajarse.

Había que meditar mucho y para ello, lo mejor era el Yoga. Había probado en otras ocasiones los sistemas de meditaciones japoneses y chinos; sin embargo, el Yoga era lo que más le convencía para la meditación y relajación de la mente y el cuerpo. Era más completo, aunque no por ello despreciaba la meditación *Mozuko* u otras japonesas.

Dejó pasar el tiempo mientras su espíritu semejaba desplazarse del cuerpo que lo esclavizaba. Mantenía los párpados caídos, pero no del todo; era como si quedara una delgada fisura por la que veía. Sus finos oídos, además de los grillos que cantaban afuera en los parterres que rodeaban los bungalows, captaron ruido de pasos, mas no por ello interrumpió su meditación.

El visitante nocturno llegó hasta la puerta. No llamó al timbre, era como si temiera hacer ruido y un timbrazo en medio de la noche resultaba estridente; casi escandaloso. Optó por llamar a la puerta con los nudillos.

M. P. Savage continuó en *padmasana*.

Volvieron a insistir ante la puerta; luego, la persona que estaba llamando con tanto miedo probó, girando el pomo. La puerta cedió, no estaba cerrada, era como si Savage la hubiera dejado abierta expresamente, preparando quizá una gran trampa para ratones.

Al interior del bungalow pasó una figura esbelta de largos cabellos lacios y rubios, y grandes ojos azul alilados que escrutaron la penumbra. La joven vestía un compuesto de chaleco y pantalón muy ajustados, de color negro.

—Savage…

La llamada fue queda. Cerró la puerta y se internó en el saloncito pisando cuidadosamente con sus pies calzados con delicadeza.

—Savage…

Al fin le descubrió y se acercó a él. El hombre mantenía sus ojos cerrados. La chica se acuclilló delante de él para mirarle a los ojos.

—Savage, ¿te encuentras bien?
—Sí, ¿y tú?
— ¿Yo? Sí, estoy mejor. ¿Qué haces?
—Yoga.
— ¡Ah, sí, Yoga! ¿Es tan bueno como dicen?
—Si se hace en conciencia y no por snobismo, para contárselo a las amistades, sí.
— ¿Podría yo aprender?
—Naturalmente.
Abrió los ojos despacio. El ritmo cardíaco, que había disminuido, volvió a la normalidad. Savage había alcanzado la facultad de variar su ritmo cardíaco, lo que sólo contadísimos privilegiados conseguían.
— ¡Hola, Gina, sigues tan hermosa! ¿Por qué te marchaste tan de prisa?
—Estaba muy asustada, muy asustada. Tú me perdonas, ¿verdad?
—No tengo que perdonarte nada. Yo no soy quién para darte órdenes, el mundo ha de ser libre, no hay esclavos.
—Es que me asusté y huí como una cobarde —confesó, bajito—. Tenía miedo, mucho miedo, la muerte me horroriza, no puedo soportarla.
—A la muerte hay que mirarla de frente, cara a cara, no hay que temerla, sino respetarla. Más tarde o más temprano caeremos en sus brazos; merece respeto pero no miedo ni espanto; sin embargo, te comprendo. ¿Sabes que la policía te busca?
— ¿A mí?
—Sí.
— ¿Por qué?
—Estabas conmigo en el yate y necesitan tu declaración sobre lo ocurrido. Quieren saber por qué llamaste padrino a Charles Bonastrada.
Gina comprendió que él también deseaba tina respuesta.
—Charles Bonastrada fue muy generoso con mis padres y ellos, gracias al trabajo que les proporcionaba Bonastrada, pudieron costearme los estudios.
—Una completa abogado. ¿Ejerces?
—No, por ahora. ¿Te ha dicho algo la policía respecto a mí?
—No, sólo que desean preguntarte. Yo he tenido que hacer mi declaración.
—Pues la mía sería igual a la tuya.
—Es lo mismo, así la tuya corroboraría la mía y viceversa. Eres abogado y sabes que hay que ayudar a que la ley imponga justicia; además, el asesinado era Bonastrada, tu padrino.

—Es cierto. —Suspiró—. Las mujeres tenemos reacciones estúpidas, somos muy emocionales. Iré a la policía y haré mi declaración como buena ciudadana.

—Eso está bien.

—La verdad es que la noticia ha aparecido con grandes titulares en todos los periódicos de la Unión, desde Nueva York a Los Ángeles, de costa a costa, y yo diría que ha cruzado las fronteras.

—No es para menos. Bonastrada era un financiero más conocido en el mundo del sindicato que en las financieras, pero como han volado con él, en el mismo yate, tres hombres más, la noticia resulta espectacular. Los muchachos de la prensa se han cuidado de que apareciera en primera página y a grandes titulares, incluyendo la fotografía de Bonastrada vivo, al lado de atrayentes bunny-girls, y saliendo luego del agua hecho pedazos, rescatado su cadáver por los hombres-rana de la policía.

—Ha sido muy trágica su muerte. A estas horas, todo el mundo lo sabrá. —Buscó los ojos intensamente verdes de Savage y preguntó—; ¿Crees que responderán a tu llamada?

— ¿Te refieres al equipo de investigadores que Bonastrada financiaba y que la M.M.M. Corporation pretende anular a toda costa?

—Sí.

—Espero que lean mi llamada.

—Yo la he leído.

—Sí, la habrá leído mucha gente; espero que ellos también. Los jueces, debido a la forma en que ha muerto Bonastrada, tardarán en dejar libre su herencia y esos investigadores pueden estar ahora sin un centavo, quizá es lo que desean que ocurra los hombres de la M.M.M.

—Si se quedan sin dinero, ¿adónde recurrirán?

—Lo ignoro. Si la M.M.M. les ha bloqueado todos los caminos y ellos sólo encontraron a Bonastrada para que los financiase, su situación será crítica. Es como si se hubieran lanzado al mar, estuvieran bajo las aguas y se les acabara el aire; tendrán que sacar la cabeza para respirar.

—Entonces, cuando lean las noticias acerca del asesinato de Bonastrada, verán tu llamada. Estoy segura de que responderán.

—Eso espero, aunque me gustaría saber un poco más sobre lo que están investigando, qué invento diabólico han conseguido esos investigadores para que los de la M.M.M. se hayan puesto histéricos y empleen la violencia. Morton, el presidente de la financiera M.M.M. Corporation, en otro tiempo fue un mafioso, si no de una forma total, sí como colaborador. Hace mucho tiempo que no se le suponen violencias y si ahora se ha puesto nervioso, es porque se ve en peligro. Algo importante puede hacerle mucho daño y yo no sé qué es. ¿Tú sí lo sabes?

—No, Bonastrada no me lo dijo.

Savage suspiró.

—Es una pena, tendríamos mucho camino recorrido; sin embargo, confío que terminaré averiguándolo y si lo que investigan es algo importante y bueno para la humanidad entera, yo mismo me prestaré a financiarlos.

— ¿Tú?

— ¿Te extraña?

— ¿Tienes dinero?

—No soy millonario si a eso te refieres, pero ya financio Liberty Garden. Creo que podría hacer un esfuerzo más o llevármelos a ellos a Liberty Garden si es que aceptan mi proposición.

— ¿Y dónde está Liberty Garden?

—En un lugar secreto donde no hay hombres como Morton, Bonastrada ni otros como ellos o como ese coreano, Chiong Lee, que se ha vendido al dinero con que lo corrompe Morton.

—Pero se podrá llegar a ese Liberty Garden del que hablas.

—Nadie incontrolado puede llegar allá. En Liberty Garden es donde se hizo el

«Daymio».

— ¿Tu coche?

—Sí. En una ocasión alquilé un avión de transporte y, pilotándolo, yo mismo saqué el coche de Liberty Garden.

— ¿Eres aviador?

—Soy un hombre, y un hombre debe saber hacer el máximo de cosas. Si te refieres a si tengo carnet de piloto te diré que sí, lo mismo que carnet para conducir grandes camiones o el de capitán para embarcaciones de un determinado tonelaje.

—Entonces, sabes hacer de todo.

—De todo un poco. Ante todo soy un hombre, un budoka y un reportero free-lance; lo demás me sirve para no quedarme atascado en ninguna parte y ahora, no te preocupes más. Has vuelto y si te puedo ayudar, lo haré. ¿Por qué no me besas como lo hiciste al verme salir de la piscina? Quizá te haga bien.

Se arrodilló delante de él, le rodeó la nuca con sus manos y lo besó larga, profundamente. Comenzó a sentirse bien, muy bien.

CAPÍTULO VII

Gina acompañó en su «Datsun» coupé a Moses Pacific Savage a la central de correos. Allí, él mostró sus credenciales y le entregaron toda la correspondencia que había recibido. Al ver el montón de cartas, silbó de admiración.

— ¡Vaya, sí que hay gente con ganas de escribir!

—Es verdad. ¿Y todos éstos te escriben siempre? —preguntó Gina.

—No, por supuesto que no. Si pides correspondencia a través de las revistas o periódicos, siempre te contesta mucha gente, solitarios y psicópatas, gente que quiere vender algo y gente que pide algo... En fin, habrá que espigar entre las cartas para ver si he tenido suerte. ¡Eh, oiga!, ¿tiene una bolsa?

— ¿Le sirve una de plástico? —preguntó el oficial de correos.

—Sí, claro.

Aceptó la bolsa, metió dentro la abultada correspondencia y entregó una generosa propina al empleado. Después se marcharon a bordo del «Datsun» propiedad de Gina.

Conducía la propia Gina y Savage, observando su bello perfil, preguntó:

— ¿Te he dicho que eres muy hermosa?

—Creo que sí, me lo has dicho a besos y también de otras formas —sonrió ella, significativamente.

—Bueno, yo quería referirme a si te han dicho que eres fotogénica.

—Algo me han dicho.

— ¿Has hecho anuncios publicitarios?

—No.

— ¿Has salido en revistas?

— ¿Te refieres a revistas eróticas?

—Sí.

—Pues no, no me lo he planteado nunca.

—Sé que no te hace falta, siendo abogado; claro que algunas mujeres aparecen en las revistas más por vanidad que por dinero, aunque sea la plata lo que generalmente lleve a las chicas a las hojas de las revistas.

—En una ocasión me propusieron hacer unas fotografías pero no

cedí, no me interesaba. Creo que si me hiciera pruebas sería para el cine.

—Tengo un amigo fotógrafo que es muy bueno. Te podría hacer fotos especializadas que tú puedes enviar a los estudios de filmación. Podrías dar la imagen de una estrella del séptimo arte.

— ¿Me estás proponiendo hacerme fotografías?

—Si.

— ¿Y qué harías tú con ellas?

—Dártelas a ti. Considero que das buena imagen y me gustaría comprobarlo.

— ¿Tendría que posar desnuda?

—Sólo si a ti te parece, o con monotangas artísticos. Tu cuerpo es tan hermoso como tu rostro. ¿Qué te parece si hacemos unas pruebas, aunque sólo sea como diversión?

— ¿Ahora?

— ¿Por qué no?

—Bueno, de acuerdo.

Gina se dejó convencer por M. P. Savage y el morro del coche japonés cambió de dirección siguiendo las indicaciones del budoka. Veinte minutos más tarde se introducían en un comercio de fotografía. Atendía el mostrador una chica de rasgos orientales.

— ¿Está Juanito dentro?

—Sí.

—Bien, que no pase nadie, vamos a hacer algunas pruebas —le dijo Savage.

—De acuerdo, cerraré la puerta.

Gina sonrió cordialmente a la joven. del comercio, Cruzaron una cortina roja y pasaron por un corto corredor, desembocando en un estudio de fotografía en el que había focos instalados, pero apagados, y paneles de reverberación de luces indirectas para matizar.

— ¡Juanito!

— ¡Hola, Savage!

Juanito Chancleta apareció ante ellos llevando unas fotografías recién reveladas, entre sus dedos. Gina miró al joven budoka, de un metro cincuenta y cinco de estatura y un peso no superior a los cincuenta kilos.

Era pequeño y de piel ligeramente bronceada. Juanito miró a Gina, mucho más alta que él, y silbó de admiración.

— ¡Vaya bombón, Savage! ¿Te lo reservas para ti solo? Te puedes empachar…

—Gina, éste es mi amigo Juanito Chancleta. Se mueve mucho, como es pequeño gasta poca energía. Juanito, ella es Gina, una buena amiga mía. Me gustaría hacerle vinas pruebas fotográficas. ¿Qué te parece?

— ¡Magnífico! Es realmente hermosa y, de antemano, puedo decirte que muy fotogénica.

—Eso habrá que probarlo. Yo tengo que revisar las cartas.

— ¿Te vas? —preguntó Gina, preocupada, de pronto.

—No, repasaré la correspondencia aquí mismo. —Señaló una vetusta mesa de madera en la que había dos cámaras de fotografiar.

—Yo prepararé mis máquinas y le haremos fotografías a color —dijo Juanito, mirando a la joven y moviéndose alrededor de ella—. ¿Cómo se las tomo?

—Como ella te diga, Juanito, pero piensa que, a lo mejor, las envía a los agentes de

Hollywood y hay que quedar bien.

—Cuando tenga las fotografías reveladas, la propia Raquel Welch se moriría de envidia si las viera.

—No será tanto —se rió Gina,

—Si lo dice Juanito puedes creerle, sabe mucho de fotografía.

—De acuerdo, pero nada de vender mis fotos a las revistas pornográficas, ¿eh?

—Naturalmente que no; ¿por quién me tomas? —preguntó Juanito, haciéndose el ofendido—. Yo hago las fotos para mi amigo Savage. Además, cuando fotografío a dichas modelos les hago un contrato y así todos tranquilos, nada de abusos.

—De acuerdo. ¿Tienes ropas, velos, echarpes, algo para que las fotos resulten más sugestivas?

—Sí, en ese camerino que hay detrás del biombo encontrarás cosas, tu fantasía hará el resto.

—De acuerdo, ahora vuelvo.

Savage volcó sobre la mesa la abultada correspondencia que llevaba dentro de la bolsa de plástico y luego tomó una silla.

—Emplea tu mejor cámara, Juanito, quiero que saques el máximo de esa preciosidad que se llama Gina.

—Si ha de promocionarse, deberá cambiar su nombre. Gina Lollobrígida todavía tiene mucho cartel en todo el mundo y, por si fuera poco, es una buena fotógrafo.

—Nuestra Gina todavía no decide nada. Haz las fotografías primero y luego, si ha de cambiar el nombre, ya se lo dirá algún manager.

— ¿Me pinto el rostro? —preguntó la muchacha, desde el camerino.

—No, ahora no, sólo colores naturales. Luego ya tomaremos otras fotos con los ojos maquillados, realzados si es posible; también haremos una serie pintando los labios de varios colores, del lila al rosa pálido, pasando por el rojo violento y sensual.

—Eso será mucho trabajo.

—Es que el trabajo de modelo fotográfico no es sólo hacer un par de fotos —le respondió Juanito, siempre a distancia—. Hay que quemar muchos carretes y de este modo terminamos sabiendo cuáles son los colores que más te favorecen. La fotografía es algo frío, mucho más frío que el ojo humano.

Juanito Chancleta preparó los focos y las pantallas de reflexión de luz para matizar la potencia de los focos y colocó adecuadamente el panel de fondo blanco.

Gina no tardó en aparecer en el plató. Iba descalza, con los cabellos sueltos y vistiendo un gran echarpe verdoso que ella se había colocado de forma muy insinuante y erótica.

—Magnífico, magnífico —aprobó Juanito, que llevaba dos cámaras fotográficas distintas colgando del cuello.

—Estás muy hermosa, Gina —opinó Savage, apartando su mirada de la correspondencia.

— ¿Qué hago ahora?

—Muévete.

— ¿Cómo?

—Piensa en algo bonito, sueña con los ojos abiertos y muévete como quieras. Yo iré tomando fotografías.

Coqueta, con picardía, inquirió:

—Savage, ¿qué quieres que piense, para que las fotos salgan más sugestivas?

—Piensa lo que desees, lo que te resulte más agradable.

—Entonces, pensaré en ti.

Comenzó a moverse con elegancia, pero extremadamente sensual.

Juanito, el dinámico portorriqueño, se movió en torno a ella adoptando las posturas más extrañas y quemando película. Se escuchaba el ruido automático al corred el carrete.

—Perfecto, perfecto, magnífico... —aplaudía Juanito, siempre mirándola a través de las cámaras que disparaba.

Gina movió el echarpe de modo que fue liberando sus encantos que quedaron impresionados y aprisionados en la película de color y alta calidad profesional.

— ¿Así va bien?

— ¡Quién fuera Savage! —suspiró Juanito—. Es difícil suponer lo que estás pensando, pero parece que ha de ser bueno, muy bueno...

—Cuidado, Juanito —cortó Savage con picara ironía—. Los pensamientos son altamente privados.

—No comentó, pero ¡quién pudiera estar, ahora mismo, en la cabecita de tu Gina!

Gina tenía que vivir forzosamente situaciones sensuales en su mente a juzgar por el cálido brillo de sus ojos alilados, por su sonrisa

provocativa, su respiración, lo erguido de sus senos y cada uno de los movimientos de su cuerpo.

—Así no se puede repasar la correspondencia —dijo Savage—. Me siento subyugado por ti...

— ¡Tonto!

Juanito sugirió, entonces:

—Ahora busca velos o lo que quieras; dentro del camerino encontrarás cosas que suelen utilizar las modelos. Píntate los labios en rojo-lila y los párpados también.

—De acuerdo.

Gina se fue. No tardó en reaparecer maquillada y de nuevo hicieron una serie de fotografías.

Gina transpiraba sensualidad, no podía remediarlo. La línea de su cuerpo lleno de ondulaciones, sus caderas, sus pechos erguidos, las aréolas fuertes de color, muy punzantes en sus centros, la suavidad de su piel sin vello, uniforme de color, sin arrugas ni granitos.

— ¡Savage, has encontrado un ángel! —opinó Juanito, con entusiasmo y sinceridad.

— ¡Al fin! —exclamó Savage.

— ¿Al fin qué? —preguntó Gina, sin dejar de moverse como si flotara en el espacio, como carente de gravedad.

—He encontrado la carta de los investigadores. El resto de correspondencia, más valdría dejarlo en el buzón de algún instituto psiquiátrico para que tuvieran material de estudio.

— ¿Seguro que son ellos?

—Sí, no me cabe duda. —Rasgó el sobre sacando una carta de su interior que comenzó a leer.

— ¿Qué dice? —preguntó Gina, interesada, mientras se dejaba fotografiar.

—Todo bien, podré entrevistarme con ellos.

— ¿Cuándo?

Savage se levantó de la silla con la carta en la mano, que dobló para guardársela en el bolsillo.

—Juanito, nos vamos —dijo.

— ¿Ahora? ¡Si no hemos hecho más que empezar!

—Lo siento —dijo la propia Gina, al portorriqueño—, pero yo no soy una profesional.

— ¡Qué pena! Cualquiera diría que eres una modelo profesional, ganarías el dinero que quisieras. Eres magnífica, sabes poner expresión cálida y cómo moverte. Si te ponen en un spot publicitario, venderías lo que te propusieras.

— ¡Anda, vístete, nos vamos! Y tú, Juanito, cuando tengas los negativos revelados, no se los muestres a nadie hasta que los veamos nosotros.

—De acuerdo. ¿Qué tamaño hago?

—Grande.

—Oye, y esas cartas, ¿no te las llevas?

—No.

— ¿Qué hago con ellas?

Gina se alejó hacia el camerino mientras Savage y Juanito hablaban entre sí.

La joven se dio prisa en vestirse porque en el bolsillo de Savage ya había una carta muy importante, una carta que podía dejar total y mortalmente al descubierto a la M.M.M. Corporation.

CAPÍTULO VIII

El traumatólogo observó las diferentes radiografías y opinó:

—Es usted un hombre muy fuerte, Chiong Lee. Otro en su lugar ya tendría la mandíbula hecha pedazos; ¿qué le ocurrió, le atropelló un camión?

Chiong Lee hubiera deseado sonreír con ácido sarcasmo, mas no pudo, un vendaje con gran cantidad de cinta adhesiva le sujetaba la mandíbula inferior al resto de la cabeza, especialmente la parte de la nuca.

—Es que una chica me dio un beso —respondió, muy despacio y de forma apenas inteligible.

—Es mejor que esté callado o que hable poco y si habla, hágalo despacito. No le conviene mover la mandíbula, se la desencajaron y tiene algunas roturas de ligamentos. Usted es de fuerte constitución y sanará pronto; sin embargo, si dentro de una semana no avanzase satisfactoriamente, tendríamos que intervenir quirúrgicamente. ¡Ah!, no olvide tomar jugos de frutas y los medicamentos que le he recetado.

— ¡O. K., doctor!

Chiong Lee se puso la elegante chaqueta y salió de la clínica. Vestía tan elegante como siempre era habitual en él, mas el vendaje de la mandíbula destacaba ostensiblemente y si algo más también destacaba en él era el brillo maligno de sus ojos que ansiaban venganza.

Era la primera vez en su vida que le habían derrotado sobre un tatami y aquello no podía digerirlo. En él era habitual ganar, no sabía lo que era ser vencido y tampoco deseaba saber perder.

Uno de sus discípulos le abrió la portezuela del «Cadillac» bicolor, beige y verde, mientras otros dos permanecían en el asiento delantero.

Chiong Lee se acomodó en los mullidos asientos posteriores y el lujoso automóvil se puso en marcha.

Nadie cruzó una palabra. Sus discípulos eran orientales o, por lo menos, tenían sangre oriental. Si su *sensei* Chiong Lee, el campeón de Tae Kwon Do, quería decirles algo, ya buscaría la forma de hacerlo; no obstante, varios de ellos le miraron de reojo. El vendaje de su mandíbula destacaba extraordinariamente.

Moses Pacific Savage le había vencido, Chiong Lee estaba profundamente humillado, mas no iba a hacerse el harakiri, todo lo contrario, buscaría venganza.

El «Cadillac», tan elegante como las camisas de seda de Chiong Lee, rodó por el Beverley Boulevard, Alameda Street y terminó viaje en el parking de la M.M.M. Corporation Building.

Dos de sus discípulos se quedaron en el «Cadillac», aguardando nuevas órdenes; otros dos acompañaron a Chiong Lee al ascensor y subieron con él, quedándose luego junto a la puerta de la sala del consejo de administración ejecutivo de la M.M.M. Corporation.

Sobre la mesa había dos teléfonos, y el propio Morton acababa de colgar el auricular que había estado usando. Junto a él se hallaba Lewis Chadman y el japonés de rostro inexpresivo Toko Harikey.

— ¡Al fin llegas, Chiong Lee! ¿Cómo va esa mandíbula? — preguntó Morton.

—Bien —respondió, despacio—. No está rota, sólo luxada, se curará pronto. No será problema para mí.

—Bueno, pero si te encuentras en una situación de pelea...

—Está acolchada y sujeta, nadie me llegará a tocar la mandíbula. Todavía soy Chiong

Lee y si quiere comprobarlo. ..

Alzó la mano y descargó un fortísimo golpe con el canto de la misma sobre la mesa de conferencias que era de madera noble, gruesa, larga y maciza. El golpe fue efectivo, contundente. La mesa se rajó de arriba abajo ante el espanto, la sorpresa y hasta la indignación de Mark M. Morton.

— ¿Qué has hecho?

—Demostrarle que Chiong Lee ha perdido una batalla pero no está derrotado.

—Ya, pero te has cargado la mesa ¿Sabes lo que vale esta mesa?
El japonés intervino, conciliador:

—Chiong Lee sólo pretendía demostrar que está apto para entrar en acción, pesé al castigo recibido.

—Bien, pero si sigues rompiendo objetos valiosos, te los voy a deducir de los pagos que te hago. Eres un hombre caro para la Corporation, Chiong Lee, muy caro, sólo falta que te encarezcas más cometiendo barbaridades.

—Yo hubiera exterminado a ese diablo de Savage si usted no hubiera dado la orden de que debía continuar vivo.

Era evidente que Chiong Lee sufría dolores cada vez que hablaba pese a que movía las mandíbulas el mínimo, entre otras cosas porque los vendajes se la sujetaban.

—Era preciso que siguiera vivo. El plan trazado continúa adelante y estamos a punto de culminar la operación. La M.M.M.

Corporation se va a salvar de la quiebra.

—Yo quiero la piel de Savage —exigió Chiong Lee.

—La tendrás, la tendrás, pero a su tiempo, todo a su tiempo. Hiciste bien en aceptar el desafío en el dojo Suwon y en ordenar a tus discípulos que no mataran a Savage.

—Savage se adentró en el dojo y yo tenía allí a mis hombres, lo habrían hecho pedazos a una sola orden mía; lo hubieran dejado como si le pasara una locomotora por encima.

—Llegará ese momento, Chiong Lee, y falta muy poco para que te dé ese placer. A mí, particularmente, me molesta mucho ese Savage que se entromete en todo para sacar los trapos al aire y que todo el mundo conozca lo que hace uno.

—Savage es altamente peligroso. Ha destruido a muchos hombres dejándolos en cueros vivos ante las televisiones de todo el mundo y en las revistas y periódicos. Y no sólo lo ha hecho con ciudadanos norteamericanos, no, asiáticos, africanos y europeos han seguido la misma suerte. Se mueve por todo el mundo con más facilidad que un ejecutivo de cualquier multinacional. Ese tipo es condenadamente peligroso y lo grave es que las cadenas de información internacionales le compran rápidamente sus reportajes porque saben que si no los adquiere una cadena como la Reuter o France Press, los compra la competencia y lo mismo ocurre en la televisión. Sus reportajes se venden bien, demasiado bien.

—Sí, hay que taparle la boca de una vez por todas —gruñó Morton, con los ojos fijos en la mesa rajada pero sin verla, mirando hacia el interior de sus pensamientos.

—Dos problemas que resolveremos de inmediato —aseguró el japonés que representaba los intereses de la compañía en el Extremo Oriente.

—Sí, dos pájaros de un tiro —asintió Morton—. Resolveremos el asunto de los jóvenes inventores protegidos de Bonastrada y el caso Savage.

Al oír esto último, los ojos de Chiong Lee brillaron de una forma muy especial.

El tenía más interés que nadie en terminar con la vida de Savage. Al deseo de la M.M.M. Corporation, sumaba su venganza personal por haber sido derrotado y un tercer motivo del que no pensaba informar a los hombres que tenía delante. No, no era conveniente hablar de su tercer motivo... En el bolsillo interior de su chaqueta llevaba un yawara, el pequeño bastón de apenas quince centímetros de largo hecho en madera de teca, con las formas y habilidades del empleo de los Atemi Waza de Judo.

—Bien, estoy esperando una llamada y nos pondremos en marcha; hoy mismo se resolverá todo el asunto.

— ¿Hoy mismo? —repitió Chiong Lee, incrédulo.

—Sí, hoy mismo —insistió Morton, añadiendo—: Si no te encuentras bien, puedes ir a descansar.

—No, me encuentro bien, iré a donde sea. ¿Quiere que le haga otra demostración? — inquirió, levantando la mano.

— ¡No, no es necesario, me lo creo! —le contuvo Morton—. Los orientales siempre consiguen desconcertarme, pero esta operación la llevará adelante Chadman. Fue capitán de los Boinas Verdes en Vietnam y salió del ejército porque mi salario le pareció mejor.

—Los Ángeles no es Vietnam —objetó Toko Harikey.

—Los Boinas Verdes somos preparados en Carolina del Norte para emplear el sabotaje y la guerrilla urbana, si se hace necesario. Vietnam no eran todo selvas, también había poblaciones.

—Aquí no le van a faltar medios —puntualizó Morton.

—Si hacemos un gran despliegue, la policía se puede fijar en nosotros. Morton miró al cauto japonés y respondió a su objeción:

—Nadie se dará cuenta. Tenemos cuatro automóviles listos y el coche de Chiong Lee. Lewis Chadman sacó un mapa del área de Los Ángeles y sus aledaños. Lo extendió sobre la mesa, sacó un rotulador rojo y marcó unas circunferencias.

—Tenemos los coches preparados aquí, aquí, aquí y aquí... —señaló—. Como ven, las principales autopistas. Cuando comencemos a captar la señal, nuestros radiómetros de alta sensibilidad se pondrán en marcha y sabremos hacia dónde hay que dirigirse. De inmediato, los coches se comunicarán entre sí por radio, yo coordinaré la operación. La liebre no ha de sospechar que la seguimos y nos llevará a la madriguera.

— ¿Se emplearán armas de fuego? —preguntó Chiong Lee. Mark M. Morton respondió sin vacilar:

—Sí.

—Eso es peligroso —objetó Toko Harikey.

—No tema, llevarán silenciadores. Emplearemos rifles de largo alcance con mira telescópica por si alguien escapa y se mantiene a distancia. También se emplearán metralletas «Stern» y «Mariettas», no ha de quedar nadie vivo. ¿Comprendido?

—De acuerdo, pero .a Savage lo quiero para mí —insistió Chiong Lee. Chadman, evidentemente peyorativo, objetó:

—Si no has podido con Savage en plenitud de facultades, ¿cómo vas a conseguirlo, ahora, que estás tocado?

—Los Boinas Verdes os habéis creído invencibles pero en Vietnam os dieron paliza y los orientales estaban tocados, también. Tuvisteis que abandonar Vietnam pese a vuestro abundante material de guerra, a vuestras bombas desfoliantes y a vuestra guerra química. Los pequeños vietnamitas, con cañas, piedras o cuchillos, os pudieron,

y tampoco lograsteis vencer en Corea.

Chadman se puso en pie achicando los ojos, enrojeciendo de rabia ante lo que consideraba una ofensa, sin tener en cuenta que ya no era un Boina Verde, pues había dejado de ser soldado de los Estados Unidos para convertirse en un hombre dispuesto a matar a las órdenes de la M.M.M. Corporation, utilizando para ello toda la superespecializada preparación adquirida en el cuerpo de voluntarios.

— ¡Vencimos en Japón, los orientales no sois invencibles! —rugió.

—Porque lanzasteis vuestras bombas atómicas sobre ciudades con población pacífica.

¿No es cierto, Harikey? Morton se puso en pie con violencia.

— ¡Basta! —gritó—. ¿Vamos a desatar aquí una pelea de razas? Chadman, organiza la operación y Savage quedará para Chiong Lee y sus muchachos. ¿Conformes los dos?

—Por mi parte, sí —aceptó Chadman, mascando su malhumor.

—De acuerdo —asintió Chiong Lee.

En aquel momento sonó la chicharra de uno de los dos teléfonos y los cuatro hombres se lo quedaron mirando fijamente. Mark M. Morton se sentó despacio y descolgó el auricular.

— ¿Sí?

Una voz que los demás no pudieron oír habló al otro lado del hilo.

—Sí, soy Morton.

De nuevo, la voz incógnita...

—De acuerdo. —Morton colgó y anunció—: Chadman, la operación Never ha comenzado.

— ¡Pues, adelante! —asintió Lewis Chadman, mirando atentamente el mapa para que le dieran la primera indicación.

CAPÍTULO IX

—Sería mejor que no vinieras conmigo, Gina.

— ¿Por qué?

— ¿No te lo imaginas?

—Bueno, si lo dices por el peligro, no le temo.

— ¿No temes a la muerte?

—No.

— ¿Y tampoco a una herida desagradable? No siempre se muere y, a veces, un mal encuentro deja huellas desagradables, cicatrices en la cara, un rostro quemado.

— ¿Por qué te empañas en pintármelo tan negro?

—Es que quiero que seas consciente de lo que vas a hacer.

—Soy consciente y dueña de mis actos —dijo ella, moviéndose por el saloncito del bungalow.

— ¿No te arrepentirás luego de lo que hagas?

—Nunca.

—Recuerda luego, si pasa algo, que te he insistido.

Gina se acercó a Savage y le cogió del brazo mordisqueándole en la oreja.

— ¿Sabes qué pensaba mientras me fotografiaba tu amigo?

—Me lo imagino.

—A lo mejor te quedas corto. Soy muy fantasiosa en lo que respecta a erotismo.

—Vamos, Gina, no es momento para jugar. Voy a reunirme con esos investigadores y me contarán lo que significa su invento y en qué va a perjudicar a la M.M.M. Corporation.

—Entonces, pronto sabremos quién ha matado a Bonastrada.

—Eso es fácil de suponer.

— ¿Sí?

—Sí, la M.M.M. Corporation. Hay muchas multinacionales que no dan más valor a una vida humana que unos simples números en el apartado de gastos varios, cuyo presupuesto va a parar al bolsillo de un sicario.

—Esa acusación no la admitiría ningún juez.

—Lo sé, por ello buscaré pruebas. En realidad, yo busco un reportaje, las pruebas las busca el teniente Heston.

— ¿Ese policía es tu amigo?

—Si los policías son honestos y no cometen abuso de autoridad

ni cohecho, son mis amigos; por lo menos, trato de ser amigo suyo.

— ¿Lo vas a llamar, ahora?

—No.

— ¿Por qué no?

—Porque sólo voy a hacer una entrevista. No sé si saldrá bien o mal: es posible que los sicarios de la M.M.M. Corporation me estén siguiendo y la entrevista termine de forma trágica.

— ¿Seguirte a ti? ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Porque puedo conducirles a lo que ellos buscan. ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

—No.

—Gina, Gina, eres una maravillosa ingenua.

La asió por la nuca con su mano y sujetándole la cabeza, la besó en los labios. Terminó mordisqueándola y ella no se quejó, sino que se abrazó a él para notar su cuerpo dominado por el del hombre.

—Vamos, hay que ponerse en marcha, el lugar de la cita está lejos.

— ¿Muy lejos?

—Hay que tomar la autopista 66; al principio del desierto de Mohave hay una factoría abandonada.

Gina sacó de su bolsito de mano un tubo de carmín y se pintó los labios oprimiendo con fuerza el cilindro metálico. Poco después, a bordo del «Datsun» propiedad de la muchacha, abandonaban Playa del Rey.

Savage se colocó al volante y atravesó la ciudad de Los Ángeles. Conducía como el que acude a una cita con mucho tiempo por delante, sin ningún temor a llegar tarde, pues tenía tiempo sobrado para el recorrido a efectuar;

Dejaron la ciudad, atrás.

Cada vez veían menos edificaciones y aparecían plantaciones de naranjos y pomelos. Savage se salió de la autopista para tomar una carretera de segundo orden por la que

apenas había tránsito, algunos jeeps, algún que otro turismo y camiones de transporte.

Gina trató de conversar, para mitigar la tensión.

— ¿Crees que las fotografías que me dé tu amigo podré llevarlas a algún manager de Hollywood?

—Llevarlas sí podrás; que luego sirvan para que te contraten, es diferente. No sólo hace falta ser hermosa y fotogénica, hay más cosas que superar para llegar al éxito.

— ¿Te refieres a ceder con esos managers?

—Se puede llegar a ser estrella sin ceder, aunque supongo que pocas lo consiguen; no obstante, muchos hombres que parece que vayan a abusar de su situación, no lo hacen.

— ¿Porque son unos mariposones?

—Bueno, también habrá de ésos. Si me dejas publicar tus fotografías en algún reportaje puede que te sirva de ayuda.

— ¿En alguna revista erótica al uso?

—No, no es necesario; sería en algún reportaje serio. Un reportaje de fondo grave puede quedar mejor con unas imágenes femeninas eróticas si son adecuadas.

—Pues tienes mi permiso para utilizarlas.

—Lo tendré en cuenta. Estoy seguro de que Juanito sacará unas fotos magníficas. Parecía como si fueran a dar un simple paseo. El coche rodaba sin problemas. El asfalto se prolongaba ante ellos hacia los chaparrales del desierto y las imágenes pasaban rápidas ante sus ojos. Era como una salida al campo, un campo seco, árido, inhóspito, mas el hombre se daba cuenta de que podía estar rodando en busca de la muerte.

Se desviaron por una pista forestal que un día debió ser asfaltada, pero ahora se hallaba en pésimas condiciones. El «Datsun» levantaba una polvareda tras de sí que podía ser vista a distancia. Savage aminoró la velocidad.

— ¿Falta mucho? —preguntó la mujer.

— ¿No ves algo allá al fondo, a tu derecha?

—Sí, parecen edificaciones.

—Debe ser la vieja factoría. Esos investigadores han escogido un buen lugar para desarrollar su invento sin ser molestados; por aquí no viene nadie.

—Es cierto —admitió Gina.

Mirando hacia atrás, sólo divisó la polvareda que ellos mismos producían.

Llegaron con facilidad a la factoría aparentemente abandonada. Al mirar la verja, Gina opinó:

—Está cerrada.

—No hay cuidado.

Savage se acercó despacio con el «Datsun» y al llegar frente a la verja empujó suavemente con el parachoques. La verja gruñó, chirrió, pero cedió sin dificultad. Luego, el coche se internó, dirigiéndose hacia la nave central.

— ¿Y qué se hacía antes en esta factoría?

—Enlatados de productos vegetales, según creo. No estoy seguro, es lo que dice la carta.

Se acercaron a la puerta central de la gran nave cerrada. Savage se apeó del auto, abrió el portalón y pidió a la joven:

— ¡Entra el coche!

— ¡Voy!

Gina se colocó ante el volante del «Datsun» y lo introdujo en la factoría. Savage cerró la gran puerta de madera e hierro, Gina detuvo el coche y se apeó, mirando en derredor.

Vio muchas vigas de acero que sostenían un techo ajado, agujereado en muchos puntos. Había grandes calderas herrumbrosas y abandonadas, alambiques y multitud de tuberías, y escaleras metálicas que servían para subir a altillos gracias a los cuales se accedía mejor a las enormes calderas de cocción.

—Todo está muy viejo. ¿Seguro que era aquí donde debían estar? —preguntó la muchacha.

—Eso dice la carta que me han enviado.

— ¿Y dónde trabajan ellos?

—No lo sé, ya lo dirán cuando hablemos. Es posible que en algún ala de la factoría que esté más decente. Parece que hace tiempo que nadie pone el pie aquí, todo esto no sé lo llevaría ni un chatarrero.

— ¿Hay alguien por aquí? —preguntó Gina, alzando la voz.

No hubo respuesta. Savage comenzó a trepar por unas escaleras de rejilla metálica.

— ¿Adónde vas?

—Arriba debe haber un despachito.

—Voy contigo.

—Será mejor.

Gina subió tras él. El ruido de sus pasos se escuchaba claramente en medio de la factoría abandonada. Allí no encontrarían comida ni las ratas.

Llegaron a un despacho donde había una mesa y varias sillas vetustas, de madera reseca, todo muy polvoriento. Gina pasó el dedo por el polvo y opinó:

—Hace tiempo que no viene nadie por acá,

—Eso parece.

—Entonces, no trabajan aquí.

—No lo sé. Pareces muy impaciente, Gina.

— ¿Tú no lo estás?

—Aprendí a controlar mi impaciencia. —Cerró la puerta y se apoyó de espaldas contra la misma—. ¿Qué vas a hacer, Gina?

— ¿Qué voy a hacer? Pues, pintarme un poco los labios, aquí se resecan mucho. Savage se adelantó y le quitó el bolso antes de que pudiera sacar la barra de carmín.

— ¿Qué haces?

—Una pena, Gina, una pena. Una chica tan hermosa como tú y metida en líos feos.

—Savage, ¿qué tratas de insinuar?

—Gina, no pensarás de veras que esos investigadores van a venir a este lugar abandonado, ¿verdad?

— ¿Que no van a venir? —inquirió, muy sorprendida.

—No.

— ¿Cómo que no? Tú has dicho...

—Yo he dicho lo que tú deseabas oír. Ella parpadeó.

—No te entiendo, Savage, te juro que no te entiendo.

—Será mejor que te sinceres y pongas tu juego boca arriba, ya no te queda otra salida.

—Sigo sin comprenderte.

—De acuerdo, prefieres que te lo diga yo, ¿eh? No quieres dar un patinazo.

Gina se acercó a la ventana. Desde ella no podía saltar al suelo, estaba demasiado alta.

—No veo nada de particular, todo está muy desierto.

—Lo está, pero ¿hasta cuándo? Me da la impresión de que no tardarán en aparecer varios autos cargados con gente de la M.M.M. Corporation, que se creen invitados a la cita.

— ¿Por qué habrían de venir ellos?

—Simplemente, porque se trata de una trampa.

— ¿Para quién?

—Trampa para todos, ¿te parece bien?

—No... ¿Qué te propones?

—Que vengan, y charlar con ellos.

— ¿Con quiénes? Por favor, Savage, vas a volverme loca.

—Con los hombres de la M.M.M. Corporation. La verdad, me gustaría que se presentara el mismísimo Morton en carne y hueso. Estoy componiendo un reportaje en el que el principal personaje será él; ya tengo algunas fotografías, incluidas las tuyas, porque tú aparecerás en el reportaje y lo harás mucho más vistoso.

— ¿Es que sospechas de mí?

— ¿Sospechar? Vamos, Gina, no sospecho, estoy seguro de que eres una pieza maestra movida por Morton.

—No lo dirás en serio... —balbució, temblándole los labios.

—Tú llamabas padrino a Bonastrada, pero tu verdadero padrino es Morton. Me has dado poco tiempo para averiguar algunas cosas sobre ti, pero han sido suficientes.

— ¿Me has investigado? —inquirió, alzando su delicado mentón con aire ofendido.

— ¿Creías que no lo haría, simplemente porque eres maravillosa? ¿Pensabas que ibas a cegarme con tu belleza, que no preguntaría nada y que me conformaría con hacer el amor contigo? Admito que ha sido una espléndida experiencia amorosa, pero no has conseguido anular mi cerebro.

Gina trató de cogerle el bolso, pero Savage lo levantó en el aire y le sujetó el brazo.

— ¡Dámelo!

— ¿Para qué?

— ¡Es mío!

Ella intentó liberarse, fue inútil. La mano de Savage era un cepo de acero que la sujetaba, aunque no la dañaba.

—Quieres prevenirle ahora, ¿verdad? Es demasiado tarde.

— ¡Yo no he hecho nada, nada!

El la soltó, empujándola hacia la mesa con firmeza.

—Eres cómplice de varios asesinatos, pero yo no soy el jurado ni el juez. Lo siento, Gina, has jugado tu partida y la has perdido. Morton te ha enviado hacia mí. Estuvo torturando a Bonastrada y se le quedó entre las manos. Algunas víctimas de la tortura sufren colapsos cardíacos, no resisten y se mueren, especialmente si se les introducen agujas electrificadas entre las uñas. Es un tormento muy desagradable; hay hombres que no lo aguantan y Bonastrada debía tener el corazón tocado.

— ¿Quién te lo ha dicho?

—Vi sus dedos antes de que el yate se despedazara por el explosivo. He visto a otros hombres torturados y no me costó mucho reconocer las huellas, unas señales que, para otro, podían haber pasado desapercibidas.

— ¡No podrás demostrarlo!

Como si no deseara molestarse en replicar a Gina, Savage prosiguió, sin inmutarse:

—Después, activaste el explosivo. Cuando llegamos, sabías que tenías muy poco tiempo para permanecer en el yate, por ello representaste el rol de mujer asustada y acongojada, cuando acababas de activar el artilugio detonante que hizo estallar la Gema-Dos que destrozó el Saint Pauli para que yo saliera tras de ti y así lo hice. Lo hiciste muy bien, lo mismo que huir antes de que llegara la policía.

— ¡No podrás demostrar que yo lo hice, no podrás!

—Volviste a aparecer cuando ya sospechaba de ti. Pensé que Morton quería utilizarme a mí, un hombre libre de toda sospecha, para encontrar el escondite de esos investigadores. La M.M.M. Corporation quedaba al margen completamente porque el hombre que buscaba a los inventores ocultos era yo… Para eso puse el anuncio en los periódicos mientras, por otros conductos, la M.M.M. se preocupaba de repartir algo de dinero entre los periodistas para que la noticia del asesinato de Charles Bonastrada quedara bien destacada. De este modo, los inventores terminarían por enterarse y también leerían mi llamada. Morton te colocó junto a mí para vigilar mis pasos e ir dando cuenta puntual de todo lo que yo hacía. Has hecho varias llamadas telefónicas, una en mi bungalow cuando yo estaba comprando alimentos en el mercadillo; lo que tú ignoras es que la conversación quedó grabada.

— ¿Me espiabas?

—Lo mismo que tú a mí.

— ¡Te odio!

—Pues yo te compadezco. Me empujabas a buscar a los inventores con el pretexto de vengar a tu padrino, creías que me estabas moviendo a tu antojo, como si fuera un muñeco, pero ya ves que te has equivocado. Yo también te he preparado una trampa a ti.

— ¿Cuál?

—La carta de que te he venido hablando, es falsa.

— ¿No te han escrito los inventores?

—Sí, pero no la carta de la que te he hablado. Ellos jamás vendrán aquí, tendrás que disculpar esta pequeña mentira.

—Entonces, ¿para qué hemos venido?

—Muy sencillo; para que vengan tus amigos, también. Este campo de batalla lo he escogido yo y ellos no saben lo que les aguarda. Habría sido inútil ir al M.M.M. Corporation Building; aquí, las cosas serán diferentes.

— ¿De modo que sólo hemos venido aquí para poder enfrentarte a Morton y a sus hombres?

—Sí.

— ¿Y quiénes les estaréis esperando?

—Yo.

— ¿Tú solo?

—Por ahora, sí.

— ¿Vendrá más gente?

—Es posible, pero mira, ya veo polvareda… Algún coche se acerca, creo que más de uno. Se han dado prisa en llegar. ¿Les ibas dando señales con ese emisor que hay en el pintalabios?

—No se te escapa una, ¿verdad? Te crees superior al resto de los mortales.

—No me creo superior, pero tampoco me gusta que me tomen por estúpido y pretendan utilizarme para exterminar a unos investigadores, simplemente porque son un peligro para una financiera capitalista que sólo se mueve en razón de su propio lucro y, para conseguirlo, no duda en matar si hace falta.

—Son muchos los que vienen; tendrás que gastar mucha munición para contenerlos y te sacarán de aquí como una rata.

—Les daré trabajo, pero no gastaré munición. Yo no utilizo armas.

—No me digas que eres tan ingenuo como para esperarles con las manos vacías.

—Así es.

Ella se echó a reír. Obviamente no sabía de lo que era capaz un budoka nato y preparado desde la infancia, como M. P. Savage.

— ¡Te van a convertir en una coladera!

—Quizá, pero todavía no se ha terminado el juego. Ahora, Gina… —Se adelantó, cogiéndola con la zurda por una muñeca.

— ¿Qué? —preguntó ella, asustada, viendo que Savage elevaba su mano mostrando su terrorífico canto con el que era capaz de partir tablones de gruesa madera.

—No puedo exponerme a que tus gritos los alerten, aquí se ha de jugar a mi manera.

— ¡No, Savage, no!

—Lo siento, Gina.

Y descargó un calculado *shuto uchi* sobre ella.

CAPÍTULO X

Moses Pacific Savage no era ningún verdugo, no se tomaba la justicia por su mano. Era un periodista free-lance que vendía sus reportajes-denuncia a quien mejor los pagara y siempre que tuvieran el máximo de difusión y no fueran a parar al interior de un cajón, porque alguien hubiera pagado sólo para que no aparecieran a la luz pública.

Savage descargó su *shuto uchi*, controlado, sobre la sien izquierda de Gina.

Era un golpe seco con el canto de la mano que no llevaba malignidad. La joven se tambaleó y casi de inmediato, le aplicó un *seiken* en la mandíbula. El puño cerrado la cogió ya aturdida y de este modo, el golpe resultó terriblemente efectivo.

Gina quedó inconsciente, pero no dañada, aunque el dolor le duraría unos días después de despertar de aquel forzado sueño a que la sometía Savage mediante unos golpes de karate.

Evitó que se desplomara y, con cuidado, la tendió en un ángulo del despacho, fuera de la línea de tiro por si a los que estaban llegando les daba por disparar.

Levantando polvareda, arribaron a la factoría abandonada cinco automóviles.

Savage dio un vistazo a Gina que permanecía con los ojos cerrados, no se despertaría en un buen rato.

Afuera, los coches no se detuvieron frente a la verja, sino que entraron en la factoría como lo hizo el «Datsun». Uno se colocó frente a la puerta y los otros rodearon la edificación central. Tomaban posiciones para no dejar ningún resquicio por el que alguien pudiera escapar. Lo estaban controlando todo, de forma militar.

Los coches recién llegados ya estaban detenidos, pero todavía no descendió nadie. Del coche que dominaba la entrada principal brotó una voz que se amplificaba por lona megáfono transistorizado.

—¡Savage, sal con las manos en alto y di a los muchachos que hagan lo mismo, tenemos la factoría rodeada y controlada! ¡Salid con las manos en alto y no pasará nada!

—Se produjo un intenso silencio, nadie respondió y la voz prosiguió—: ¡Si no salís entraremos a por vosotros!

De nuevo, el silencio como única respuesta.

Los hombres de los automóviles, un tanto desconcertados, se

mantuvieron dentro de los vehículos, en un compás de espera.

Savage les observó desde la ventana. De su bolsillo sacó un pequeño emisor, no mayor que un mechero. Era diferente al utilizado por Gina para poner en guardia a Morton a través de uno de los coches que recibía las señales de aviso, señales sin palabras. Luego, desde el" coche receptor, habían avisado por teléfono a Morton y la operación Never se había puesto en marcha. Gina había dado bien la señal.

—Día llamando, Día llamando, cambio.

Hubo una espera.

—Noche a la escucha, Noche a la escucha, cambio.

—Adelante, Noche. El cerco está puesto, cambio y fuera.

Guardó el diminuto emisor escondiendo la pequeña antena y abandonó el despacho. En la gran nave abandonada, repleta de hierros, había una penumbra capaz de hacer dudar a la vista.

— ¿A qué esperas, Chadman? —preguntó Morton impaciente, sentado en su automóvil frente a la puerta principal de la factoría.

— ¿Cree que pueden tener armas?

—Vamos, Chadman, ¿tienes miedo, ahora?

—No, no, entraremos ahí con las armas, todo está controlado.

—Pues, adelante. Se está haciendo tarde y pronto oscurecerá. Si se hace de noche, será difícil sacar a esas ratas de ahí dentro.

Chadman preparó su emisor, que sería escuchado en los otros automóviles.

—Os habla Chadman, vamos a entrar en la factoría. Preparad las armas, haremos un trabajo de tierra quemada. Disparar sobre todo lo que se mueva sin pensarlo dos veces, aquí nadie nos va a oír.

— ¡Chadman! —llamó la voz de Chiong Lee por el receptor.

— ¿Qué pasa?

— ¡Savage es cosa mía y de mis discípulos!

—De acuerdo, ¿por qué no? —Miró a Morton y añadió, sonriente—: Chiong Lee se ha encaprichado por la piel de ese Savage.

—Dame el micrófono.

—Sí, será mejor que decida usted por sí mismo. Después de todo, la situación está controlada y nadie escapará.

— ¡Chiong Lee!

— ¿Habla usted, señor Morton? —respondió el coreano.

—Sí, Chiong Lee, escucha. Lo controlamos todo, nadie puede escapar del interior de la fábrica abandonada. Tienes diez minutos para entrar y sacar a Savage. No me importa si lo sacas con los pies por delante, pero quiero efectividad.

—Gracias por ofrecerme su confianza, señor Morton.

—Adelante, Chiong Lee. Si veis a los demás que se esconden dentro, matadlos también. A Gina no la toquéis.

—Bien, señor Morton, será complacido.

De uno de los automóviles se apeó Chiong Lee con su mandíbula reforzada por los vendajes, acompañado de sus cuatro discípulos. Los cinco se alejaron del «Cadillac» y se dirigieron a la puerta principal de la factoría. En el centro de la misma se abría otra puerta pequeña para personas.

Chiong Lee fue el primero en entrar en la nave abandonada y tras él, los cuatro budokas. Desde el coche, Chadman, Toko Harikey y Morton les observaron hasta verles desaparecer.

—Están aquí, ése es el coche de Gina —dijo Chiong Lee, hablando dificultosamente.

—Si están aquí, se han escondido —observó uno de los discípulos.

—Los encontraremos, tenemos diez minutos y la fábrica no es muy grande. Utilizad los *yawaras*. Por la muerte de Savage, nosotros cobramos doble, por parte de la M.M.M. Corporation y por la Secta del Dragón Bicéfalo que quiere la piel de Savage a toda costa.

¡Adelante!

Comenzaron a desplazarse, registrando en todas direcciones y buscando especialmente a Savage.

Uno de los discípulos de Chiong Lee subió por la escalera metálica y llegó a lo alto. En su mano sujetaba el mortífero yawara. De pronto, ante él surgió la alta y elástica figura de Moses Pacific Savage.

— ¿Me buscáis? —preguntó, simplemente.

—¡¡¡*Kiaiiiiii*!!! —rugió el atacante.

Savage desvió el ataque letal de la mano armada con el yawara golpeando levemente con el canto de su mano el antebrazo del asesino. Al unísono, su pierna salió proyectada, alcanzando en el cuello, por debajo de la mandíbula, a su atacante, aplicándole una limpia y contundente *mavashi geri* de *karate*.

—Kiaiii —gritó sin ser oído; el *kiai* de Savage era silencioso, pero erizaba los cabellos de su adversario mientras él arrancaba toda la energía de su *ki* personal.

El discípulo del coreano salió volando por encima de la baranda metálica con los brazos abiertos y el rostro desencajado. Gritó antes de estrellar su cráneo contra el pavimento del suelo.

— ¡Arriba, está arriba! —rugió Chiong Lee.

Savage les esperó en lo alto, mientras sus atacantes subían por la escalerilla.

El primero recibió una patada frontal en el entrecejo. Savage sabía que la potente *mae geri kekomi* que acababa de aplicarle era suficiente para ponerle fuera de combate y así fue, porque, con el cráneo partido, cayó hacia atrás.

Chiong Lee y sus otros dos discípulos tuvieron dificultades para no ser arrastrados por el que caía, ya fuera de combate.

— ¡Arriba, arriba! —gritó Chiong Lee, jugándose la mandíbula.

Savage trató de golpear a Chiong Lee, más éste era muy hábil y supo fintar el golpe. Llegó a lo alto de la plataforma metálica saltando con felina agilidad por encima de la baranda de hierro mientras sus dos discípulos trataban de seguirle.

¡¡*Kiaiiii*!!

Savage no lo dudó un instante. En vez de quedarse arriba con Chiong Lee, que se había colocado a su espalda para partirle el cráneo con el yawara, se lanzó con los pies por delante en un brillante y espectacular salto de Tae Kwon Do sobre los otros dos que ascendían por la escalerilla.

Gritos de dolor y muerte entre los discípulos del coreano, que fueron cazados a un tiempo...

A uno se le hundieron las costillas al ceder el esternón, cazado de talón, mientras el otro saltaba por el lado de la baranda con un terrible impacto en la oreja.

Ambos cayeron para no volver a levantarse.

También cayó Savage volteando sobre sí mismo para evitar contusionarse. Chiong Lee supo precipitarse por las escaleras antes de que Savage lograra revolverse. Quedaron frente a frente, con el «Datsun» coupé japonés entre ambos.

—Esta vez no serás el vencedor —silabeó el coreano de brillante cráneo rapado.

—De modo que eres un sicario de la Secta del Dragón Bicéfalo...

—Sí.

— ¿Dónde está el cerebro de la secta?

—Lo sabrás cuando hayas muerto, Savage.

Saltó encima del coupé rojo y blanco, con una escalofriante agilidad. El coreano de elevada estatura resultaba tremendamente ágil y no parecía afectarle lo más mínimo el vendaje en las mandíbulas.

Estaba armado con el pequeño, pero maligno yawara, una especie de amuleto que podía pasar todos los controles de detección de armas; sin embargo, manejado por un karateka o un cinturón negro de Tae Kwon Do, resultaba mortal de necesidad.

Savage aguardó el ataque del coreano abajo del coche, rodeándolo.

Chiong Lee saltó al suelo, más no para permanecer quieto, sino para dar dos saltos en círculo. Proyectó su pie en busca del plexo solar de Savage, el cual retrocedió, pero tropezó con el coche que había quedado a su espalda.

Sin dejar de ganar terreno, en una demostración pulcra y maestra de avance, Chiong

Lee terminó por lanzar:

—¡¡¡*Kiaiiiii*!!!

Proyectó su puño armado con el yawara tratando de cazar a Savage en la base de la nariz.

De conseguirlo, el maxilar superior se habría hecho pedazos, cayendo los dientes al suelo y posiblemente descolgándosele los ojos de sus cuencas. Mas, Savage supo desviar a tiempo el brazo y el puño armado hizo pedazos los cristales de la ventanilla del coche mientras Savage replicaba con un *shuto uchi* que entró con mucha facilidad, ya que el coreano se había visto impulsado hacia delante por su propia embestida de ataque fallido.

El canto de la mano de revés, de delante hacia atrás, cazó a Chiong Lee en la nuca. Este se fue de cabeza siguiendo el puño por el hueco de la ventanilla. Al doblársele las rodillas, su cuello cayó sobre los cristales y la sangre salpicó en derredor. Los vendajes no bastaron para evitar el fortuito degüello del coreano tungués.

M. P. Savage respiró hondo y miró en derredor. Cinco hombres, cinco expertos en Tae Kwon Do y karate,, especialmente, Chiong Lee que había sido campeón en el gran *Kodokan* de Kyoto, yacía sin vida. No había podido evitarlo, le habían obligado a emplearse a fondo, con dureza, y aquél había sido el trágico resultado.

De pronto, la voz de Morton, ampliada por el megáfono electrónico, llegó hasta

Savage.

— ¡Chiong Lee, ha terminado tu tiempo! ¿Cómo está todo? Por la ventana alta apareció la cabeza de Gina gritando:

— ¡Es una trampa, Savage está solo, solo!

Uno de los hombres de Morton, nervioso al oír aquella voz inesperada en la ventana, haló del gatillo de su metralleta «Stein» y un chorro de plomo brotó contra la bella joven.

— ¡Estúpidos! —mascullό Morton, al ver a Gina caída en el alféizar de la ventana, colgándole la cabeza y un brazo. Por el extremo de su mano comenzó a deslizarse la sangre.

— ¡Hay que atraparlo como sea! —exclamó Chadman.

— ¡Viene un coche! —advirtió Toko Harikey al mirar hacia atrás.

—Serán los inventores —dijo Mark M. Morton.

El vehículo que llegaba y que cruzó la entrada, no disminuyó su velocidad.

— ¿Qué hace? ¡Está loco! —gritó Chadman.

La embestida fue tremenda, brutal. El automóvil, que no era otro que el gran

«Daymio» conducido por el gigante japonés Ricky, arremetió contra el «Lincoln» continental en el que estaban los jefes de la

operación Never.

El choque fue violentísimo.

Los hombres que se hallaban en el interior del coche embestido se sintieron como dentro de una gran coctelera, mas el «Daymio» no se detuvo. Siguió empujando el «Lincoln» contra la puerta, derribándola y arremetiendo contra el «Datsun» de Gina que salió empujado hacia delante.

En aquella embestida en cadena, los coches se arrugaron como acordeones, a excepción del «Daymio» cuyo parachoques era superresistente.

Desde otros coches ametrallaron al «Daymio», mas las balas rebotaban contra el blindaje de la carrocería.

Savage hizo caer la desencajada portezuela del «Lincoln» y de su interior sacó a Chadman, que tenía la cabeza partida y los ojos vidriosos. Sacó también a Morton, mientras Ricky, asomándose, preguntaba:

— ¿To-do-todo bien?

— ¡A per los otros coches, Ricky, a por los otros, que no escapen antes de que llegue la policía!

Ricky hizo retroceder el «Daymio» y se situó frente a la entrada impidiendo que escapara ningún otro vehículo, Une trató de conseguirlo y fue embestido de costado, hundiéndosele parte de la carrocería.

Comenzaron a oírse las sirenas ululantes de la policía al frente de la cual llegaba el teniente Heston que había sido puesto sobre aviso. Mientras, Savage aguantaba a Morton, que tenía varios huesos rotos.

— ¡No me mate, Savage, no me mate! —suplicaba, derrumbado

—Yo no quiero matar a nadie. Usted se enfrentará con la ley y la humanidad entera lo agradecerá.

EPILOGO

El grupo de los cuatro jóvenes investigadores se hallaba sentado en torno a una mesa en la que estaba el juez que había llevado el caso, el teniente Heston, el fiscal y el propio Moses P. Savage. Uno de los muchachos había estado explicando:

—...Ni más ni menos que un motor, una especie de batería electrolítica que produce hidrógeno y oxigeno. El oxígeno pasa al aire ambiental, por lo que no contamina sino todo lo contrario. Luego, el hidrógeno liberado va a parar al motor de un automóvil convencional un poco retocado, y el funcionamiento es perfecto. En vez de utilizar gasolina, el carburante es, simplemente, agua.

— ¿De modo que lo que estáis investigando es un motor de agua para los automóviles?

—preguntó el juez

—Algo así, claro que no es tan sencillo. Savage intervino:

—Supongo que el problema radica en esa especie de batería-depósito de agua, que ha de producir el hidrogeno necesario para que el motor funcione con regularidad.

—Exactamente. Una electrólisis normal no produciría el hidrógeno suficiente, nuestro sistema es atómico. Una pequeña pila nuclear que se ha de colocar dentro de la batería-depósito produce una electrólisis supe acelerada del agua ácida. No lo tenemos listo todavía, hay que investigar más, pero, al final, saldrá el automóvil que utilice agua como carburante y una pequeña pila atómica como catalizador. Puede ser que lo consigamos dentro de un año o dentro de cinco, pero saldrá, y eso va a perjudicar mucho a los que fomentan el consumo de gasolina, a quienes, de una forma u otra, controlan las petroleras internacionales.

El juez comentó:

—Parece increíble que intereses particulares, intereses de grupo, pretendan frenar el avance tecnológico que ha de beneficiar a la humanidad entera y también la ha de liberar de la esclavitud de la gasolina para los motores de combustión.

—Así es, juez —dijo Savage—, pero siempre hay jóvenes que luchan por la investigación y el progreso, sin ceder ante algunas financieras que tratan de ahogarlos para que sus inventos no salgan a la luz y no puedan arruinar sus lucrativos negocios.

—Morton ha sido declarado culpable por el jurado, tras ser acusado de la muerte de

Charles Bonastrada y todo se lo debemos a usted, Savage.

—Gracias, juez, pero me he limitado a hacer mi labor, sólo eso. Lo que lamento es que una chica hermosa e inteligente muriera sirviendo los intereses de la M.M.M. Corporation. Todo el mundo podrá ver su rostro y su figura en el reportaje que voy a hacer sobre el uso del invento del motor de agua y el affaire de la M.M.M. Corporation. Savage estrechó la mano de los jóvenes investigadores que habían arriesgado su vida para sacar adelante su invento.

Bonastrada había previsto una parte de su herencia para dedicarla a la investigación de sus protegidos, por lo que los jóvenes sabios seguirían adelante en busca de la liberación de la esclavitud de la gasolina.

En la calle le esperaban Ricky y Juanito Chancleta que, como era habitual, habían trabajado en el caso, codo a codo con él.

—Después del reportaje iremos a Liberty Garden, por lo menos, a mí me hace falta un tiempo de meditación y paz y ningún lugar mejor en el mundo que nuestro Liberty Garden.

A la mente de Savage acudió la imagen del Templo de las Meditaciones de Liberty Garden, un templo abierto a todas las ideas y creencias religiosas y con la Naturaleza adentrándose en él en forma de plantas, canales de agua y peces nadando por ella.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Notas

[←1]

Especie de zuecos o sandalias de madera utilizadas por los japoneses.

[←2]

Ninja, popularmente llamado asesino invisible. Especie de espía capaz de soportarlo todo, entrenado en templos secretos japoneses y cuyo atuendo era completamente negro, incluida capucha con orificios sólo para los ojos que lo hacían prácticamente invisible. Utilizaba un completo arsenal de armas y utensilios especiales. (N. del A.)